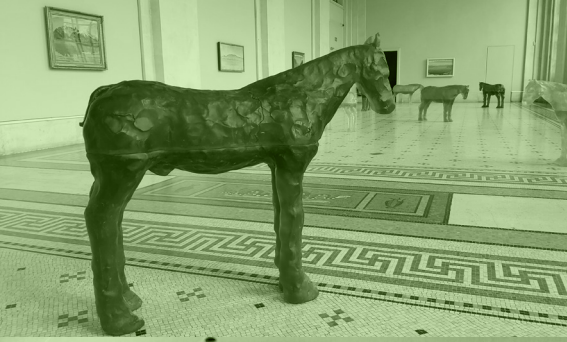


**LA VIDA DE
TODOS LOS DÍAS
NARRACIONES Y
REFLEXIONES**

Colección Silepsis:
género mixto

SAÚL MONTOYA GUTIÉRREZ

**Envigado Antioquia
2024**





La vida de todos los días - Narraciones y reflexiones / Sául Montoya Gutiérrez / Sello Editorial Débora Arango, 2025

141 p.

ISBN: 978-628-96475-2-5

1. Cuento 2. Relato 3. Creación literaria, artística, etc. 4. Autores antioqueños 860CO (Dewey)

Catalogación en la publicación (CEP): Biblioteca "Jesús Mejía Ossa", del Tecnológico de Artes Débora Arango Institución Redefinida

**La vida de todos los días
Narraciones y reflexiones**

ISBN: 978-958-52935

Primera edición: julio de 2025

© Sául Montoya Gutiérrez

© Tecnológico de Artes Débora Arango

Rector

Juan Carlos Mejía Giraldo

Vicerrectora Académica

Paola Cristina Gómez Cano

Comité de Publicaciones

Paola Cristina Gómez Cano - Vicerrectoría Académica

Laura Carolina Torres Enk - Subdirección de Investigación

José Octavio Castro Bedoya - Facultad de Prácticas Escénicas

Juan Sebastián Gil Gil - Facultad de Contenidos Audiovisuales y Digitales

David Esteban Valencia Espinosa - Facultad de Gestión Creativa

Carlos Alberto Rúa Puerta - Facultad de Prácticas Visuales y Multimediales

Rodrigo Esteban Vélez Murcia - Facultad de Prácticas Musicales y Sonoras

Óscar Darío Montoya Gómez - Comunicaciones

Helí Arias Sánchez – Biblioteca

Ilustraciones carátula e interiores:

Sául Montoya Gutiérrez

Edición y corrección de textos:

Gabriel Jaime Lopera Maya

**Sello Editorial Débora Arango
Colección Silepsis - Género mixto**

Laura Torres Enk

Directora Sello Editorial Débora Arango

investigacion@deboraarango.edu.co

Sandra Catalina Peña Gil

Coordinadora Sello Editorial Débora Arango

publicaciones@deboraarango.edu.co

Alex Vélez

Diseño y diagramación

d.grafico@deboraarango.edu.co

La responsabilidad de los contenidos en los textos es en su totalidad del autor. Se prohíbe la reproducción total o parcial en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita del Sello Editorial Débora Arango o de los autores.

LA VIDA DE TODOS LOS DÍAS

NARRACIONES Y REFLEXIONES

—Colección Silepsis: género mixto—

SAÚL MONTOYA GUTIÉRREZ

**Envigado, Antioquia
2025**

La vida de todos los días

Contenido

11	PRESENTACIÓN
12	1. EL VIAJERO
13	2. AVIÓN SIN PUERTO
14	3. CASA DE CRISTAL
15	Dibujo Casa de cristal
16	4. EL CAMPESINO Y SU CHOZA
17	5. CIRCO EN DUELO
18	6. UN HOMBRE PERDIÓ SU SOMBRA.
19	7. EL AVE EN LA VENTANA
20	8. ESPEJOS MÁGICOS
21	9. LA MULTIPLICACIÓN DEL DINERO
22	Dibujo La multiplicación del dinero
23	10. REBELIÓN DE LA NATURALEZA
24	11. UNA RARA GUERRA NUNCA DECLARADA
25	12. EL SEÑOR DE BLANCO
26	13. MI DICCIONARIO
27	14. LA GOTITA RELICARIO
28	15. ÁRBOLES INTELIGENTES
29	Dibujo Árboles inteligentes
30	16. LA MESA SIN MANTEL
31	17. LA PINTORA DE FLORES
32	18. EL OPERARIO Y LA MÁQUINA
33	19. EL DESASTRE
34	20. LA SALA DE CINE
35	21. ACCIDENTE MINERO
36	Dibujo Accidente minero
37	22. MUÑECO DE DULCE
38	23. LA MASACRE
39	24. ROSAS ROJAS EN REJAS
40	25. UN HOMBRE MUY FORMAL
41	26. REALIDAD Y FICCIÓN
42	27. EL COLOR NEGRO

- 43 28. RARA NIEVE
- 44 29. CUERPO FAMOSO
- 45 30. TRANSFORMACIÓN URBANA
- 46 31. ENCOGIMIENTO CORPORAL
- 47 32. TU NOMBRE
- 48 33. LÁGRIMAS EN ALTAMAR
- 49 34. BUSCANDO AMOR
- 50 35. EL TREN PARTIÓ
- 51 Dibujo El tren partió
- 52 36. RECUERDOS
- 53 37. LA DESCONOCIDA
- 54 38. RECUPERACIÓN DE LA FELICIDAD
- 55 39. EL MITO DEL RENACER
- 56 40. TODO COMENZÓ EN LA PLAYA
- 57 41. FELIZMENTE ENAMORADOS
- 58 42. ARMA BLANCA Y ROJA
- 59 43. DESPECHADO
- 60 44. PELEA DE ENAMORADOS
- 61 45. ELLA LLEGÓ CON EL TREN
- 62 46. POZO DE LOS DESEOS
- 63 Dibujo Pozo de los deseos
- 64 47. LOS CAMPESINOS
- 65 48. ENAMORADO DE LA VIDA
- 66 49. LA CASITA DE LA VIUDA
- 67 50. PAISAJES NOCTURNOS
- 68 51. MI OTRO YO
- 69 Dibujo Mi otro yo
- 70 52. RELACIONES LIBRESCAS
- 71 53. DESDE EL BALCÓN DEL PISO ALTO
- 72 54. DUEÑO DE LA CAFETERÍA
- 73 55. MESERO
- 74 56. UN VAGO INTERACTIVO
- 75 57. JARDÍN EN LA PLAYA
- 76 58. UN PUERTO DE EMBARQUE
- 77 59. FAMILIA FELIZ
- 78 60. NECESIDAD DE HABLAR

79	61. LA SOLEDAD DE TODOS
80	62. PIEL DE NIÑO
81	63. MI PERRO
82	64. MENSAJE EN LA MESA
83	65. DEFALLECIMIENTOS
84	66. ABUELO Y NIETO
85	67. HUYÉNDOLE AL FRÍO
86	68. RUTINAS MANIÁTICAS
87	69. PADRE E HIJO
88	70. MIS CONTRADICCIONES
89	71. DÍA Y NOCHE, NOCHE Y DÍA
90	Dibujo Día y noche, noche y día
91	72. CUASI BEBE
92	73. EL TALLER
93	74. SABERME LIBRE
94	75. BOLSO DE CUERO
95	76. SOY LO QUE HAGO
96	77. OBJECCIÓN DE CONCIENCIA
97	78. ESCONDIDO EN EL BAR
98	79. AISLADO EN EL ASILO
99	80. TIEMPO ACUCIOSO
100	Dibujo Tiempo acucioso
101	81. CUANDO CAE UNA HOJA
102	82. EL DESTINO
103	83. LLUVIAS EN LA NOCHE
104	84. EL PESISTA
105	85. DÍAS DE VERANO
106	86. PAJARITO EN EL PARQUE
107	87. LAGO DE COLORES
108	88. LA ESCUELA PÚBLICA
109	89. LOS MINEROS
110	90. EL DESFILE
111	91. EL PRISIONERO
112	Dibujo El Prisionero
113	92. LA SILLA
114	93. EL BORREGO REBELDE

115	94. UNA MUJER
116	95. BUSCANDO LA BUENA SUERTE
117	Dibujo Buscando la buena suerte
118	96. LOS DESPLAZADOS
119	97. ENVEJECE A GUSTO
120	98. LOS INTELECTUALOIDES
121	99. LAS CRUCES
122	Dibujo Las Cruces
123	100. SER PERSONA
124	101. VIDA Y MUERTE
125	102. EL MUNDO DE LA INFANCIA
126	103. LA PUBLICIDAD
127	104. RAZONES PARA DEJAR DE VIVIR
128	105. HUMANIZACIÓN
129	Dibujo Humanización
130	106. EL COLOR DE TODAS PARTES
131	107. EL CAMPO Y LA CIUDAD
132	108. UN POCO MÁS
133	109. HUELLAS Y HUELLAS
134	Dibujo...Huellas y huellas
135	110. LOS DESPLATADOS
136	111. GENTES DE PEDESTAL
137	112. GREGARISMOS
138	113. LOS DECADENTES
139	114. EL HIERRO
140	Dibujo El Hierro
141	115. EL SOLDADO
142	116. LOS DESAPARECIDOS

Presentación

Hace ya unas décadas, al margen de mi desempeño docente universitario, comencé a escribir textos cortos sobre diversos temas surgidos al ritmo de mi vida. Los papeles con mis palabras manuscritas se quedaron olvidados y empalidecieron en cajas y estantes hasta el día en que los descubrí como testimonios de mi vida pasada.

Me dediqué entonces a examinar esos antiguos textos, a desechar algunos, a escoger otros para reescribirlos y a producir nuevos materiales.

En mis escritos presento breves relatos completos e incompletos y desarrollo a mi manera diversas ideas. Intento con mis letras exteriorizar sentimientos y pensamientos que me trae la vida de todos los días, vivencias personales, experiencias amorosas, narraciones imaginativas, ocurrencias y reflexiones dirigidas a futuros lectores.

Acompaño algunos textos con dibujos realizados a lápiz con la intención de reforzar el mensaje.

Agradezco al rector del Tecnológico de Artes Débora Arango, Dr. Juan Carlos Mejía, la decisión de autorizar la publicación y reconozco los aciertos del editor Gabriel Jaime Lopera Maya. Gracias a ellos y a las demás personas que colaboraron para que se materializara este proyecto.

Saúl Montoya Gutiérrez

1. El viajero

Durante una reunión de amigos un miembro del grupo contó que cuando viajaba, al llegar a su destino, le gustaba enviarse cartas a sí mismo a su lugar de residencia. En ellas escribía ideas sueltas que agrupaba al retornar a casa. Al leerlas, contento sonreía y autoelogiaba sus palabras.

Una vez, al regreso de un viaje, extrañado leyó el texto de una de sus cartas: “Necesito encontrarme. Vivo a la deriva. Estoy enredado con el tiempo. Mi pasado es mi futuro y mi presente se ha borrado. Soy un recuerdo perdido, un viajero extraviado que al avanzar regresa al punto de partida por un camino olvidado”.

Cuando leyó este mensaje, el viajero se sintió raro y al examinar su entorno, descubrió asombrado que había entrado en casa ajena creyéndola suya. La carta, sin embargo, tenía escritos, con su propia letra, su nombre y la dirección de la residencia donde se encontraba.

2. Avión sin puerto

Una empresa de aviones inteligentes se especializaba en transportar aves enjauladas a numerosos países. Las naves cumplían a cabalidad los requisitos de los contratos, pero un día algo extraño aconteció.

Las aves, en sus jaulas, se dieron cuenta de que estaban juntas y en el aire. Sus cuerpos, entonces, sintieron por instinto la necesidad de volar. Tensionaron sus músculos y todas al unísono batieron sus alas.

El sistema automático del avión detectó el raro fenómeno ocurrido con la carga y en respuesta a los hechos empezó a sincronizar su estructura con los movimientos de las aves. Gradualmente asimiló las acciones de su carga y se programó para transformarse en ave libre y voladora.

Convertida en gran ave nodriza, la aeronave ignoró los controles del mando, continuó en vuelo suelto y se alejó de aeropuertos y radares hasta perderse en el inmenso cielo.

3. Casa de cristal

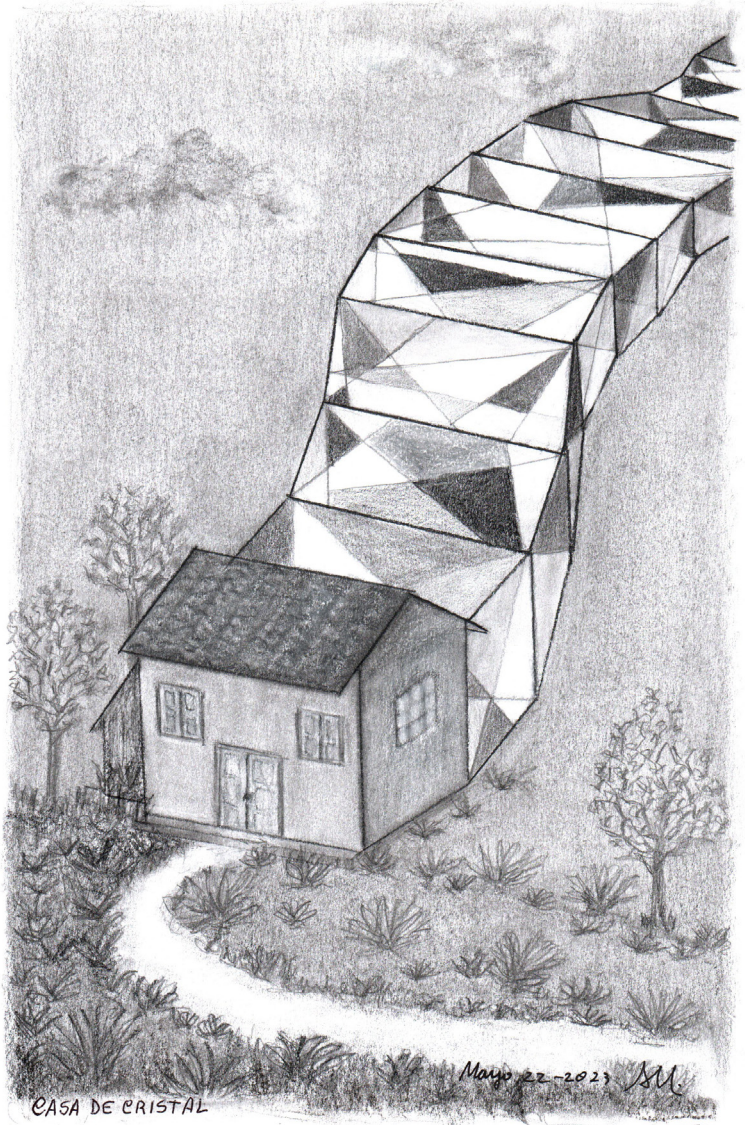
Un hombre avanza tranquilo por el camino que lo conduce su casa. Le gusta tanto su casita que, a menudo, la compara con imágenes de postales.

Al momento de llegar, nota algo raro en la fachada y al tratar de encajar la llave en la cerradura la puerta se abre sola. El hombre entra y la puerta se cierra. Sorprendido observa que el mobiliario ha desaparecido y que el interior está convertido en un gran cubo.

Avanza y, al llegar a la pared del fondo, se abre una nueva puerta. Impulsado por la curiosidad la atraviesa e ingresa a un luminoso túnel construido con vidrios y espejos.

Camina lentamente y constata que sus movimientos producen en las paredes, techo y piso, destellos y formas distorsionadas de su cuerpo.

El hombre sigue marchando y al cabo de un rato desea regresar, pero al mirar atrás ve lo mismo que tiene por delante. Su coraje se desvanece. A cada paso, considera que la transformación de su casa en semejante túnel es un fenómeno extraño; sin embargo, sabe que no debe hacer suposiciones porque su sentido de realidad se impone y le repite que esta es su casa y que quizás el problema está en su mente.



4. El campesino y su choza

Dos o tres veces al día, cuando lo cansa el trabajo en el huerto, el viejo campesino se arrima al árbol cercano a descansar bajo su sombra.

Al final de la jornada, le gusta sentarse delante de su choza a esperar la llegada del ocaso mientras desgrana algunas mazorcas.

Con frecuencia, mientras observa el panorama, repasa su vida pasada y piensa que le está llegando la hora. Curiosamente se le viene a la cabeza el deseo de que lo sepulsen en su parcela para lograr así abonar la tierra con su cuerpo.

En las tardes agrisadas cuando cae la lluvia, el hombre la observa tranquilo sin ver en ella un problema que deba resolver, aunque bien sabe que dentro del rancho caen unas pocas goteras.

Cuando llega la noche se sube al camastro a recibir la visita de los sueños que habitualmente le llegan muy pronto.

Cierta noche el agricultor se acuesta y rápidamente se duerme con cansancio en el cuerpo y calma en el alma. A medida que las estrellas relucen, la tierra decide atender sus deseos. Lentamente, las patas del camastro empiezan a enterrarse como si fueran las raíces de una planta mágica y lo mismo ocurre con el resto de la cama y el cuerpo del hombre. Simultáneamente, y de igual manera, la choza entera es aspirada por la tierra durante la noche.

A la luz del nuevo día, por la vereda avanza un caminante que se detiene a admirar un bello jardín florecido situado en el lugar donde se levantaba la choza del viejo campesino a quien saludaba ocasionalmente.

5. Circo en duelo

Un famoso payaso planeó vestirse de negro para provocar al público y, con el alma desolada, se las arregló para convertir la risa en pena.

El día de inauguración del circo, en su camerino alistó sus ropas. No vistió colores vivos ni maquilló su cara.

Con celeridad saltó a la pista. Fue recibido con risas y aplausos, pero la galería detuvo los saludos porque no inició las payasadas. Las bocas gritaron y silbaron exigiendo piruetas al payaso que permanecía quieto y mudo en el centro de la pista.

El hombre vestido de negro comenzó a mover su cuerpo y a hurgar entre sus ropas. De repente levantó sus manos empuñando un puñal dorado que rutiló en lo alto antes de clavar con él su cuerpo.

Con su ropaje negro ya teñido en rojo, el payaso dobló su cuerpo y se quedó inmóvil sosteniendo el puñal con ambas manos.

En las tribunas se escuchó el silencio.

6. Un hombre perdió su sombra

Un hombre que tonificaba su cuerpo marchando bajo la luz del sol de cada día, se vio despojado y mudo cuando perdió su sombra y su voz se fue con ella. Perturbado y desposeído, descubrió en la tierra las huellas dejadas por su sombra al momento de partir y escuchó en el aire el eco de sus últimas palabras.

Sintiendo su cuerpo incompleto y mudos sus labios, decidió protegerse del sol bajo el techo de su casa y salir al aire fresco del campo, sólo en las oscuras noches.

Al paso de los días, fastidiado de saberse mudo y privado de la sombra que le permitía reconocerse situado en un lugar, dejó de cumplir lo decidido. Durante numerosos días, arriesgado y presuroso, vagó de un punto a otro bajo el sol ardiente.

Por desgracia, a medida que recorría el campo y la ciudad, su cuerpo se encogía y su mente se extinguía.

El hombre, finalmente, entendió que sin cuerpo y sin mente, no habría luz que pudiera sostener su vida por más tiempo.

7. El ave en la ventana

El pichón perdió su nido cuando el árbol que lo acunó fue derribado, secado, aserrado y en ventana convertido.

El pajarito desalojado se llevó entre sus recuerdos el olor y la calidez del árbol que lo meció al nacer. Viajó a otros lados donde tuvo que crecer.

Ya grande e independiente, en uno de sus vuelos, y de casualidad, pasó cerca a la ventana construida con la madera que siendo árbol protegió su nido. Se avivó su memoria y, nostálgico del hogar perdido, revoloteó junto a ella y se posó en sus bordes. La madera de la ventana, al contacto del ave, recuperó el pasado y exudó aromas maternos.

Cada mañana, el ave regresaba a posarse en ella.

8. Espejos mágicos

Caminando por la calle la mujer saca de su cartera un espejito. Se mira, pero no ve su rostro. Extrañada lo limpia con la manga de la camisa, da una nueva mirada y tampoco ve nada. Muy intrigada, guarda el espejito y con rapidez se dirige a su casa. Al llegar se dirige al espejo que cuelga en su alcoba. Allí se repite lo ocurrido en la calle. Se tiende en la cama y con los ojos cerrados se dedica a hacer suposiciones.

Transcurrido un rato se planta otra vez frente al espejo y, atónita, ve las imágenes que produce su mente como si el espejo fuera una pantalla que muestra los contenidos de su cerebro. Sin comprender el prodigio, se dedica a comprobar que cualquier idea pensada, suceso o acción presente o pasada, se ve allí con claridad.

Durante unos días la mujer disfruta mirando la proyección de sus pensamientos, especialmente los recuerdos juveniles, como si fueran una película actuada por ella. También se complace en imaginar deseos y eventos ilusorios.

Al paso de los días, nota que el tiempo invertido en sus películas mentales la alejan de su realidad cotidiana.

Un día, exaltada, destroza los espejos de su casa y decide actuar como los ciegos: no volverá a mirarse nunca más en un espejo.

9. La multiplicación del dinero

En una ocasión, misteriosamente, y durante la noche, el dinero cobra vida. En los lugares donde se guardan, los billetes y monedas comienzan a multiplicarse. En los hogares se rebotan frascos y cajones, colchones y alcancías, carteras y monederos, billeteras y bolsillos. En los bancos, agencias, tesorerías, casas de cambio y negocios variados, las registradoras y cajas fuertes revientan, y un increíble “mar de plata” inunda empresas, edificios y almacenes.

En la mañana, la gente se descubre sorprendentemente adinerada y piensa en lo que es urgente gastar y gastar. Los pobres son los primeros en empezar a comprar lo necesario; en cambio, los más ricos no saben qué hacer porque poseen lo indispensable y lo superfluo.

En las noches, el dinero vuelve a reproducirse. Ante la rareza del suceso, se paraliza la economía. La gente deja de negociar, nadie compra ni vende nada. El caos económico trastorna la vida real y mental de la gente a un punto tal que ya nadie quiere tener dinero y saberse rico. Como una mágica respuesta a este deseo mental y real general, el misterio termina y el dinero deja de reproducirse durante las noches.

Como única y drástica solución para acabar con el mar de plata que inunda las ciudades, los gobiernos decretan la destrucción obligatoria de todos los dineros en días señalados. Se dispone que se arrumen billetes y monedas en las calles donde se encienden fogatas para acabar con el dinero.

Como era de esperarse, muchísima gente se niega a cumplir la norma impuesta.



LA MULTIPLICACION DEL DINERO Mayo 23-2023 AM.

10. Rebelión de la naturaleza

Repentinamente una mañana la naturaleza se rebela contra las obras humanas. En parques y zonas verdes de las ciudades las plantas comienzan a crecer y a multiplicarse con extraña rapidez. Además de fuertes y continuos temblores, una fuerza misteriosa brotada de la tierra despedaza con frenesí las edificaciones, los pavimentos de las calles y cementos de las aceras, los muros, viaductos y puentes.

Los tremendos impulsos de la naturaleza destruyen en breves tiempos lo construido por los hombres durante años. Las entrañas de la tierra se agitan y aparecen grandes grietas y cavidades que absorben los escombros de las edificaciones derrumbadas.

En pocos días surgen árboles en calles, espacios abiertos, antejardines y patios. Las plantas interiores se elevan buscando espacio, aire y luz en medio de los escombros de las casas.

Desde el inicio de los anómalos sucesos, la gente sobreviviente abandona desconcertada sus lugares de habitación, movilidad, trabajo, educación, religión, comercio, deporte y entretenimiento. La prodigiosa rebelión de la naturaleza causa una estampida general de animales y humanos que no saben qué hacer ni a dónde huir.

Finalmente, después de esta rebelión, la naturaleza volvió a ser ella misma.

11. Una rara guerra nunca declarada

Según la versión de los expertos militares, sucedió una rara guerra durante la cual los combatientes de ambos bandos, por órdenes misteriosamente recibidas, se inmovilizaron en los campos de batalla. Los ejércitos se juzgaron prisioneros de sí mismos y luego se declararon vencedores de asaltos jamás realizados.

En esta guerra de sangre nunca derramada no hubo pérdida ni ganancia de terrenos ni armamentos. En ninguno de los frentes hubo muertos, heridos o prisioneros. No se oyeron lamentos, insultos, oraciones ni expresiones de profundas emociones.

Los vehículos, armas mecanizadas y ligeras, pertrechos, uniformes y accesorios fueron amontonados por los soldados, rociados con bencinas e incendiados. Los restos sobrantes y las cenizas se esparcieron por fuera de los territorios de combate.

En los pueblos cercanos a los frentes de batalla, cientos de bocas narraron historias increíbles. Las gentes se reunieron y aplaudieron con las manos desarmadas. Se acariciaron hombres y mujeres. Los niños visitaron los campos de la guerra nunca declarada y, acompañados de sus padres, se dedicaron a sembrar por todas partes semillas de victorias no logradas. La vida de los ciudadanos siempre transcurrió bajo amenaza, todos sabían que en cualquier momento podían ser víctimas de la guerra nunca declarada.

12. El señor de blanco

Al bajarse de su automóvil en el parque del pueblo, el señor de traje blanco y maletín en mano alteró el paisaje dominical del sitio repleto de gentes vestidas casi todas de negro.

¿Qué hace un señor trajeado de blanco en un pueblo frío donde todos visten ropa obscura? ¿Será el señor de corbata y maletín, un vendedor de ilusiones o un proveedor de juguetes? ¿Será acaso un distribuidor de remedios raros o un pintor de exóticos paisajes? ¿Esconderá algo raro en su valija? o ¿llegó de lejos a investigar misterios?

Después de suponerlo todo, los pueblerinos conocieron la verdad cuando un niño averiguó que el señor de blanco era solo un viajero que, de camino a la tierra caliente, se arrimó al pueblo para preguntar por un amigo y estirar las piernas.

13. Mi diccionario

Siendo el lenguaje la casa del ser y yo el ser que aprende con él para hablar y escribir correctamente, es comprensible que entre mi ser y mi diccionario se haya creado una modalidad de comunicación personalizada.

Cuando leo o escribo y me surgen dudas del significado o de la escritura de alguna palabra, mi diccionario, habitualmente adormilado a mi lado en el escritorio, adivina mis problemas lingüísticos y palpita de una manera curiosa. Lo tomo de inmediato, le consulto mis inquietudes y, una vez aclaradas, emite un suspiro de satisfacción gramatical al que yo respondo con golpecitos de agradecimiento en su cubierta.

14. La gotita relicario

En este día de cielo despejado y luminoso, las aves planean en las alturas; y abajo, en el campo, las aguas tranquilas albergan y nutren plantas e insectos.

Un sereno arroyo recorre libremente la campiña y se ensancha en un recodo formando un pequeño y tranquilo estanque. En este, un fruto al caer al agua esparce finas gotas que terminan su movimiento regresando al manto de agua donde se disuelven.

Entre todas ellas, una gotita atrapa en su salto el reflejo de un ave que cruza los cielos en el preciso instante. La gotita, al devolverse, queda flotando sobre la serena superficie del estanque. No se deslíe como las demás, quizás, porque quiere convertirse en relicario para preservar, dentro de sí, la minúscula imagen del ave atrapada en el jugueteo que le dio vida.

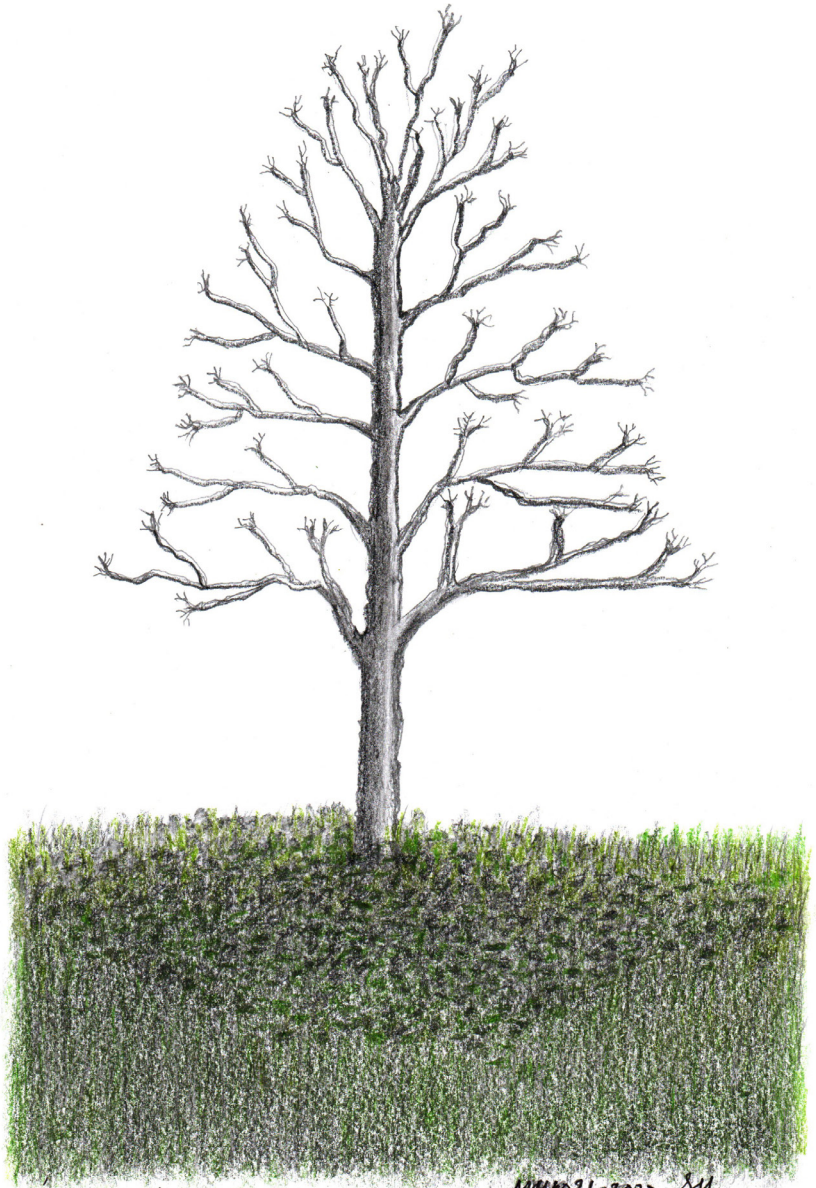
15. Árboles inteligentes

Tal como lo dicen los expertos, el ciclo vital de los árboles se desarrolla en relación simbiótica con su entorno bioclimático. Los árboles otoñales saben que no hay ventarrón que los desvista. Ellos mismos deciden soltar sus hojas para disponer a sus pies de la manta que cobijará sus raíces durante el invierno.

Las arboledas inhiestas, aunque se elevan indómitas, temen, dentro de la savia que vivifica su tronco, que un día señores con hachas y sierras vendrán a acabar con sus vidas.

Así mismo, los árboles frutales saben que los cuidados recibidos por parte de los granjeros responden a la intención de quitarles sus frutos para venderlos.

Los bosques crecidos lejos de los hombres son el corazón de una naturaleza libre que los impulsa a reproducirse, nutrirse, crecer y defenderse de los enemigos y del mal clima. Estos árboles viven su felicidad vegetal interactuando con otros seres vivos no humanos a los que dan abrigo y alimento. Se placen creciendo juntos y configurando paisajes que producen aire puro, crean belleza ambiental, y dan albergue, color y seguridad al planeta.



ARBOLES INTELIGENTES

Mayo 21-2023 SM.

16. La mesa sin mantel

Mi mesa, acompañada de muebles tan viejos como ella, ajusta años viviendo en la sala de mi casa. Se la ve descolorida, pero completa, firme y bien dispuesta.

Cuando necesito usarla me acerco a mi taburete favorito. Ella intuye mi presencia y me atiende gustosa para que comparta con algún invitado, coma, lea o escriba, recorte papeles, arme o desarme cualquier cosa.

Mi querida mesa tolera los efectos de mis actividades: regueros de agua y café, migas de pan, rayones y hasta golpes de objetos caídos. Acoge también mis cansancios, los estados de mi alma, preocupaciones y risas, algunos pestañazos y una que otra lágrima ocasional.

Cuando regreso a mi casa creo que me espera, porque al abrir la puerta de entrada es lo primero que veo. Mi mesa es el mueble más empleado en mi casa. Le doy tanto cuidado y cariño que he pensado en darle un regalo. Recibe mis paquetes y, hasta diría, mis saludes. Últimamente, le hablo, y prometo comprarle un lindo mantel para que luzca elegante.

17. La pintora de flores

En un lindo día de verano, atraída por la belleza y variedad de las flores de su jardín, la acuarelista aficionada decide pintar algunas. Dispone los materiales cerca de la planta seleccionada y de inmediato se dedica a trabajar.

Mientras bosqueja observa mariposas aleteando en el lugar. La suavidad del día le da ánimos para pintar de continuo.

A punto de terminar, la mujer se distancia del caballete para contemplar su obra y dar las pinceladas finales. Dos mariposas se acercan a la pintura, revolotean a su alrededor y una de ellas se posa sobre las flores pintadas.

La artista sonrío dichosa, le parece increíble que una mariposa confunda su flor pintada con una verdadera, admira el evento hasta que los insectos se alejan. Da por concluida la pintura y se va satisfecha de haber “engañado” a las mariposas con su obra.

18. El operario y la máquina

El operario arrodillado detrás de la enorme máquina manipula algunas piezas internas. Se levanta, pasa al frente y activa los controles. De inmediato, se escuchan sonidos raros acompañados de intensos centelleos. El obrero apaga rápidamente los controles y le habla a la máquina en tono conciliador. Toca de nuevo los interruptores y al obtener resultados idénticos, regresa renegando detrás de la máquina. Después de un buen tiempo, con las manos sudorosas, se levanta, contempla lo hecho con un aire pensativo. Se agacha nuevamente e introduce casi todo su cuerpo al interior de la máquina para maniobrar con más facilidad.

Pasado un buen rato, extrañamente el hombre mantiene la misma posición. Su cuerpo, inmóvil, está adquiriendo una apariencia metalizada y reduciendo su volumen. En realidad, la máquina está transmutando y absorbiendo el cuerpo del hombre. Finalmente, no se ve nada del hombre. La máquina lo incorporó a su estructura.

Varias horas más tarde, aparece el obrero del turno siguiente. Se acerca a la máquina, mira por todas partes y al no ver por ningún lado al anterior operario, procede a activar los controles.

La máquina luce esplendorosa y funciona perfectamente.

19. El desastre

No estás náufrago inconsciente en altamar. Flotas muerto en medio de la querida ciudad donde naciste al lado del mar. Hace unos días ocurrió la tragedia siempre temida por los habitantes. Los tremendos huracanes desatados por la naturaleza enfurecida originaron el desastre. Los altos malecones cedieron y con extrema violencia las aguas marinas inundaron las calles de tu ciudad construida debajo del nivel del mar en contra de la lógica y las técnicas topográficas.

Las aguas que anegaron la urbe exhiben en la superficie techos, escombros, electrodomésticos, vehículos, árboles y cuerpos ya hinchados de humanos y animales.

Hoy las aves carroñeras, espantadas de momento por los helicópteros de salvamento, vigilan desde el aire su comida.

Las aguas impetuosas no dejaron rastros de la ciudad porque llenaron un vacío que nunca abandonarán. No habrá reconstrucción posible. En los mapas se verán solo marcas señalando el lugar donde antes se levantaba una ciudad costera.

20. La sala de cine

En el vestíbulo de la sala de cine, un asiduo amante de las películas compra la boleta de ingreso al mundo de la ficción. Cuando entra busca su asiento favorito desde donde se sumerge entusiasta en las historias contadas, visita lugares desconocidos y reencuentra a sus artistas preferidos.

Terminada la función se levanta sin afanes de su silla para abandonar la sala. El cinéfilo abraza algo de nostalgia porque tiene que retornar a su aburridor mundo verdadero en el que se mueve, come, trabaja, odia y ama.

Después de tantas veces de transitar de la realidad a la ficción y viceversa, por casualidad, hoy se siente desconcertado: al momento de salir del teatro, escucha disparos y gritos de gentes aterradas que corren por fuera del local e intentan ingresar a la sala de cine.

“Qué parodia —piensa el espectador— salgo de una película que me atrapa y me instala en un mundo de disparos de mentiras para hallarme metido en un tiroteo donde puedo morir de verdad”.

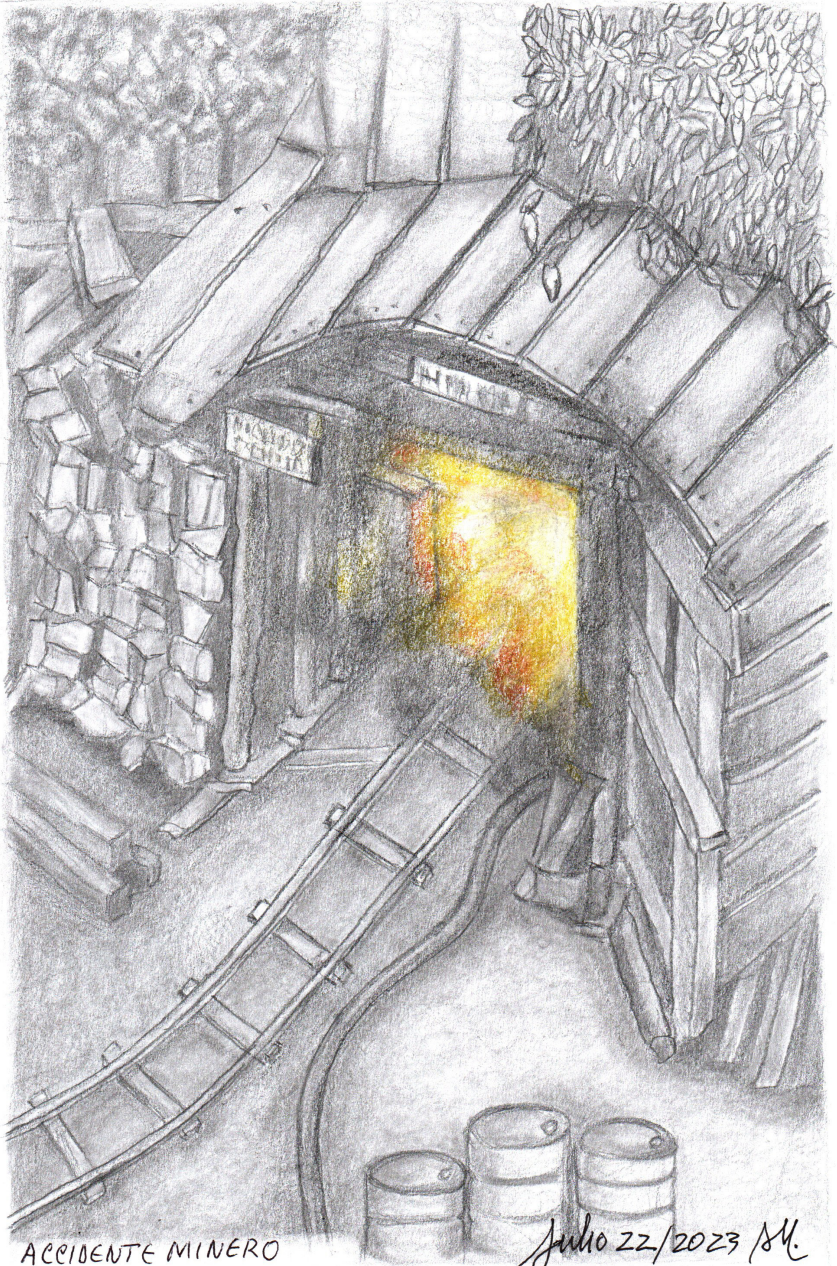
21. Accidente minero

La hija menor de un minero se prepara para recibir su primera comunión.

La víspera del día señalado, su papá entra a la mina para cancelar con trabajo la deuda contraída por la compra del blanco ajuar que llevará la niña al altar. Sin embargo, el destino se hace invitar. Una sorpresiva y terrible explosión al interior de la mina acaba con la vida de cinco mineros, entre ellos el papá de la niña.

El cirio de la primera comunión alumbra la noche del dolor, el ramo de flores adorna el ataúd y la niña cambia de color. En efecto, la explosión, la muerte del papá y el velorio llevan a la niña a recibir, al día siguiente, su primera comunión vestida de negro.

Las llamas de la explosión de la mina se quedaron alumbrando para siempre en el dolor y en el luto de las familias mineras.



ACCIDENTE MINERO

22. Muñeco de dulce

El hijo del confitero aprende a leer con letras de azúcar. Crece con el dulce hábito de saborear palabras y devorar frases largas. Cuando habla con emoción, sus labios gotean almíbar que placentemente ataja con su lengua. El muchacho emana tanta dulzura que sus compañeras de escuela mantienen ganas permanentes de lamerlo lentamente.

Su padre lo agasaja fabricándole juguetes azucarados de formas y sabores variados: candados, cruces, carritos, bastones, casitas, castillos y más.

Este hijo del confitero engulle tanto dulce que poco a poco su sangre se blanquea y su cuerpo se encoge, asemejándose, de cierto modo, a un muñeco de azúcar.

Durante su fiesta de cumpleaños los compañeros, exaltados, lo embadurnan con crema saborizada y lo mordisquean como si fuera un pastel. Los ojos del muchacho, en lugar de lágrimas normales, escurren confitura sangrienta con sabor a fresa.

23. La masacre

Como venganza personal, el jefe de la banda planea atacar el caserío donde vivió y odió a la gente que no logró entender. Los habitantes del pueblito, situado en el valle de abajo, cultivan la tierra, pescan en el río y creen firmemente en supersticiones. Piensan que, si una flecha alcanza su cuerpo, la retiran y la piel se cierra; si un animal los ataca en cacería, las heridas sanan a los pocos días; si los alcanza una bala, la entrada del proyectil se taponan, el cuerpo no sufre daño interior y escupen el plomo.

Al amanecer del día escogido por el jefe de los bandidos, entre los árboles se aquieta un viento cómplice y, desde arriba, en el bosque, los malhechores descienden al valle.

Al escuchar detonaciones cercanas, la gente tranca puertas y ventanas. El silencio prolonga el estruendo. Los asesinos llegan al pueblo y sacan a la gente de sus casas. Sordos a las súplicas, arrastran a hombres, mujeres y niños hasta el parque del pueblo.

Amontonados y asustados, los pueblerinos solo piensan poner en práctica sus creencias: no morirán si logran escupir las balas recibidas.

El jefe de la banda da la orden. Los cuerpos caen y de las bocas salen gritos coloreados de un rojo intenso que tiñe el verde prado del pequeño parque.

Sin conocimientos, la gente de los pueblos no logra enfrentar razonablemente los peligros de la naturaleza, y sin protección social, son presa fácil del odio y la maldad de los humanos.

24. Rosas rojas en rejas

Me trajeron y encerraron en este calabozo donde estoy callado, exánime, separado de amigos y parientes. Este lugar maloliente es un cubo con gruesos barrotes adelante, muros y suelo manchado. Aquí adentro pierdo la noción del tiempo y no distingo bien los días de las noches. Unas cadenas empotradas al muro sujetan mi pierna izquierda, causándome brotes de sangre al moverme.

Un día cualquiera aparece en el piso de la celda un manojito de rosas blancas. Sumamente sorprendido por este extraño y anónimo regalo, me estiro al máximo para coger las flores con la intención de aspirar el perfume de sus blancos pétalos. Con delicadeza las acerco a mi cuerpo herido, cuidando irónicamente que sus espinas no me lastimen.

Al otro día, con asombro, veo que todos los pétalos enrojecieron y que en algunos barrotes brotaron espinas. Con tristeza pienso que esta celda se convierte en mi cementerio.

25. Un hombre muy formal

Un señor exageradamente ceremonioso inclinó tanto su cuerpo hacia adelante para saludar que se desequilibró, cayó de bruces al piso de cemento y murió al instante.

En contraste con su vida formalizada, sus conocidos lo enterraron sin mayores protocolos.

Cuando vivía, sus amistades lo encontraban divertido porque saludaba estirando la mano derecha y volteando con gracia el cuerpo hacia el lado izquierdo como si esgrimiera un estoque. El hombre se inventaba, a menudo, gestos rebuscados que ejecutaba con fingida dignidad. Siempre de buen talante, aun estando solo, sonreía con sus propias ocurrencias.

Con actitud estudiada, en las noches se desvestía lentamente y disponía sus ropas dobladas en el nochero. Estando ya bajo las cobijas, se situaba boca arriba en el centro de la cama, tensionaba el pijama y la cobija y, muy derecho, dormía con rostro plácido.

Cuando amanecía, con palabras suaves saludaba el sol por la ventana y en el baño le sonreía a su imagen reflejada en el espejo. Antes de ducharse se sentaba muy solemne en el retrete y, tomando su cabeza entre las manos, la frotaba con frenesí para luego acariciarla suavemente. Cuando vivía, como si fuera un gran secreto, el hombre les contaba a ciertos amigos que ejecutaba este ritual para despertar su cerebro y reacomodar sus pensamientos.

26. Realidad y ficción

Si la ficción fuera realidad, nuestro entorno cambiaría; los locos tendrían la razón y los cuerdos la sinrazón.

Si los objetos perdieran su esencia, la falsificación tomaría otra apariencia. El querer sería un deber, el odio se extinguiría y se esfumaría la competencia.

Si las acciones compasivas de algunos repararan las ofensas de otros, los sinsabores se transformarían en amores.

Si la sabiduría afecta la existencia, la felicidad se generaliza, las armas pierden poder y el corrompido su haber.

Si la igualdad fuera realidad, los humanos abrirían sus mentes a toda clase de gentes.

27. El color negro

El negro, aunque técnicamente no es color, está presente en seres vivos y en numerosos objetos. Despreciado por algunos cuando cubre la piel de personas, es seleccionado por otros como el color elegante para vestidos de fiesta y etiqueta.

El negro, más que color, opuesto al blanco luminoso, es ausencia de luz. Con razón los colores oscuros son parientes de las sombras y preferidos por damas y caballeros para vestir de luto. Los colores oscuros y negros contrastan los paisajes y los fondos de los pozos profundos, acompañan los sueños en las noches lóbregas, se acurrucan en las entrañas de las cavernas, encubren los secretos de la oscuridad, y cobijan los miedos a la muerte.

También hay negruras agazapadas en los humanos torturadores de almas cándidas.

28. Rara nieve

Los copos de nieve sorprenden por sus bellas formas y cantidades, beneficios y problemas. Sin embargo, en los tiempos de ahora aparecen nieves con otras cualidades.

Al contrario de las tradicionales nevadas, caen en todo el globo terráqueo diminutas partículas que no se derriten con el sol, la sal o el agua. Esta rara nieve permanece intacta en techos, jardines, calles y campos.

Según los expertos, se trata de gigantescas cantidades de nanoplásticos superlivianos que no van a parar a los mares, sino que ascienden a los cielos y luego descienden. Esta falsa nieve trastorna la vida vegetal, animal y humana. Delgadas capas de estos copos cubren prados y árboles, carreteras y calles, casas y grandes edificios. Las fotos aéreas muestran montículos parecidos a tumbas blancas. Presagio del destino que nos espera.

Todo el mundo está atónito, aunque pocos reconocen que la nueva nieve es la basura moderna producida en la tierra.

29. Cuerpo famoso

Tú, estatua hierática con piel de cera, eres figura del museo de la notoriedad. Tu cabeza de cabellos postizos ya no piensa. Tu boca insensible no modula palabras ni entona canciones. Tus orejas con zarcillos no escuchan aplausos fanáticos.

Eres una trampa expuesta para perpetuar la fama adquirida cuando fuiste pura energía. Eres un recuerdo exhibido en este lugar para perpetuar los negocios emprendidos cuando vivías. La publicidad repite que escondes un corazón modelado con las cenizas del verdadero que animó tu cuerpo. Nunca se conocerá la verdad. Ahora solo eres un maniquí de cera que se derretirá cuando llegue el tiempo en el que nada importará porque tus antiguos admiradores habrán perdido la memoria de tus canciones o desaparecido para siempre.

30. Transformación urbana

El empleo excesivo de vehículos en las ciudades es una muestra más del exagerado individualismo actual y el anquilosamiento de la capacidad de los humanos para caminar. Estos mueven su cuerpo dentro de sus hogares, pero acuden al vehículo para desplazarse en los espacios exteriores, aun los más cercanos. Es tal la cantidad de automotores, que en distintas zonas de las ciudades se parquean vehículos diseñados para servir como habitaciones, dormitorios, restaurantes, salas-cunas, escuelas, bibliotecas, capillas, bares, tiendas, talleres y oficinas.

En las vías, los atascos se miden por kilómetros. El desespero de los conductores alcanza niveles peligrosos. Los accidentes, peleas, heridos y muertos suman cantidades escandalosas.

Para cambiar estas situaciones, los gobiernos deciden prohibir el uso particular de automotores, crear un sistema de transporte público eficiente y replanificar las ciudades convirtiendo calles en caminos; ampliando parques; destapando arroyos y quebradas; controlando la producción y el consumo industrial.

Con esta transformación se espera descontaminar las ciudades; crear espacios saludables y conviviales; valorar la calidad del tiempo cotidiano; promover la movilidad presencial y el respeto por lo público.

31 . Encogimiento corporal

Sus conocidos quedaban sorprendidos cuando lo saludaban y notaban que el hombre se veía empequeñecido. Él mismo, desde tiempo atrás, estaba consciente de su encogimiento corporal. Al principio pensaba que sufría una rara enfermedad; después creía que sus pérdidas de peso y estatura eran consecuencia de envejecimiento prematuro; pero siendo relativamente joven, le parecía que las causas de sus cambios físicos tenían que ser otras. En todo caso, decidió pedirle al sastre ropa de menores tallas.

Finalmente, descubrió que su encogimiento era resultado de una disfunción entre su imagen socio-mental y su realidad corporal. Su vida era pura fabulación: no era dueño de las tierras que pretendía poseer, nunca había realizado los estudios que decía haber cursado ni visitado los lugares donde presumía haber viajado; tampoco conocía los importantes personajes que mencionaba como amigos. Sin mucho dinero, sin relaciones ni familia, su existencia era una total y disimulada mentira.

Su lucidez lo llevó a aceptar su problema de encogimiento cuando entendió que a un alma tan imaginaria como la suya le bastaba un pequeño cuerpo para existir.

32. Tu nombre

Cuando estuve seguro de tus sentimientos hacia mí, decidí borrararte del todo de mi vida. Destruí tu nombre tallado en el tronco del árbol que crece en mi jardín. Luego raspé sus letras en los muros que encierran mis sueños.

Después saqué de los muebles donde escondí los regalos adquiridos para tu aniversario y despedacé las tarjetas que los identificaban.

Finalmente, para alejar del todo tus traiciones, resolví tacharlo en los pétalos de las flores que pretendía enviarte y las arrojé al viento para que la tormenta de mis malogrados sentimientos las arrastrara lejos hasta las tierras del olvido.

Para que no quede ningún recuerdo, eliminé también tu nombre en las arenas del mar de soledad y en las nubes de los atardeceres que contemplaré aún por cierto tiempo.

33. Lágrimas en altamar

Cuando me enteré de tu partida se nubló mi vida. La tierra y yo nos quedamos sin sol. Temí hundirme en el vacío, pero me armé de valor y me dirigí al muelle para tomar un barco y seguirte dejando el desengaño en tierra.

Como no logré embarcarme, monté sobre las olas para ir tras lo imposible y buscar en altamar alguna lágrima caída de tus ojos tristes cuando embarcaste tus pesares.

Braceé durante días y noches nadando detrás de lo improbable. Náufrago y moribundo, fui salvado por un barco compasivo. Cuidado y aliviado, una tarde decidí subir al puente para decirle al futuro que aún vivía.

Al llegar al último escalón te vi apoyada en la baranda. Allí, de pie, estabas tú escudriñando el horizonte y quizás pensando en tu amor abandonado.

Nuestros besos, abrazos y sollozos se mezclaron, gozosos, con las olas de la tarde.

34. Buscando amor

Finalmente decidí abandonar mis pretextos de hombre solitario y dedicarme a recorrer campos, playas y calles para aprender a moverme entre la gente. Me mezclaré con la muchedumbre con la secreta esperanza de descubrir una mujer atractiva.

Necesito hallar un amor para corresponderlo seriamente y contrarrestar mis tendencias al aislamiento. Sin embargo, me siento confundido porque ignoro los métodos actuales de búsquedas y encuentros de personas.

Necesito ver ojos que devuelvan mis miradas, conseguir sonrisas para estimular la simpatía y hallar unas manos para juntarlas con las mías.

Necesito una mujer, que también quiera amor, para que logremos aceptarnos el uno al otro y colmar nuestros mutuos vacíos.

35. El tren partió

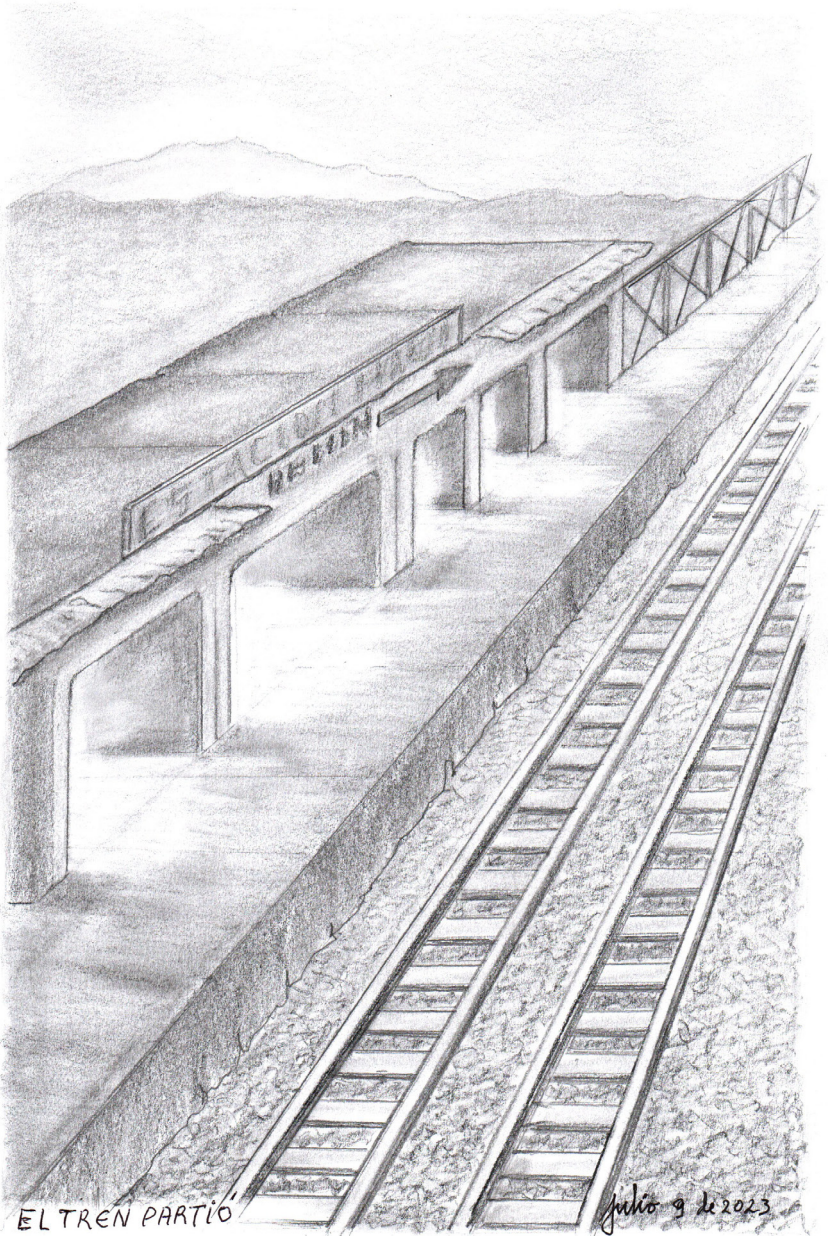
El tren partió contigo por la vía de un destino ya trazado. Mis brazos se levantaron para darte el último adiós. De mis ojos cayeron unas pocas lágrimas, pero los tuyos ni siquiera me miraron. Tus oídos no escucharon los adioses que te di y que se disiparon en el aire de esa tarde.

La estación quedó desierta.

El tren regresará, pero tú no descenderás en esta estación, donde yo tampoco me encontraré.

Ya separados de común acuerdo, cada uno avanzará por sus propios caminos, llevando consigo las decisiones tomadas y cargando los recuerdos de la despedida vivida en esa pequeña estación.

Ignoro los tuyos, pero mis recuerdos son duros y tristes.



EL TREN PARTIÓ

Julio 9 de 2023

36. Recuerdos

Cuando el viento suave de la mañana de aquel día maravilloso abanicó tu lindo rostro, se llevó los restos de los besos iniciados en el ocaso del día anterior y terminados en el alba.

(Siento aún tus labios)

Cuando la marea subió, borró en la playa las huellas dejadas por los dos aquella noche.

(Ambos las recordamos)

Cuando las nubes se disiparon, se aclararon tus enternecidos ojos verdes y, al momento de mirarlos, descubrí en ellos la intensidad de nuestro idilio.

(Aún veo tus ojos)

Ahora que estamos alejados el uno del otro, nostálgico recuerdo los eventos ocurridos en la playa. Por momentos, tu quisiste lanzar nuestro idilio al agua. Por fortuna, el mar se negó a recibirlo aquella noche, quizás para ayudarnos a vivir intensamente ese presente.

37. La desconocida

Llego a este agradable lugar. Me instalo y de inmediato te veo sentada, no muy lejos, leyendo concentrada.

Después de mirarte varias veces, reconozco que me atrae tu figura.

Me gustaría acercarme a ti para saber que lees, indagar tu nombre, averiguar quién eres y qué haces en la vida.

Sin embargo, no me arrimaré a tu mesa para hacer preguntas. Tus respuestas no me bastarían porque avivarían mis deseos de saber todo de ti. Enterarme de los caminos que transitas, los asuntos que te inquietan, los lugares que visitas y las canciones que escuchas. Me placería ver el movimiento de tus labios cuando hablas, oír el dejo de tu voz, compartir tus tristezas y adivinar cuál rincón buscas en el corazón ajeno. Me emocionaría aproximarme a la viveza de tus ojos para recibir la luz de tu mirada.

Sé que no voy a hablarte ni a saber nada de ti, pero me encanta la elegancia de tus gestos y más ahora que te preparas para abandonar este lugar. Te irás y desaparecerás para siempre de la vista de este distante admirador que disfrutó el placer de verte.

38. Recuperación de la felicidad

Un hombre, felizmente acostumbrado a pasearse por el florecido jardín de su casa en compañía de la mujer amada que hace un tiempo lo dejó, entristecido observa desde la ventana de su cuarto las malezas crecidas, las flores marchitas y las enredaderas secas pegadas a los muros. El hombre añora el anterior estado del jardín y del amor que habitaba su morada. Piensa que además de su mujer se fue la belleza del jardín, las malas hierbas invadieron la casa, su cabeza se llenó de confusión y en su corazón se instaló la infelicidad.

Para remediar todas estas desgracias, el hombre decide resucitar su entorno y acabar con la soledad de su corazón. De inmediato, se dedicará a recuperar la casa y el jardín, y empezará a buscar a la mujer amada para analizar los motivos de su partida e invitarla a recuperar la felicidad.

39. El mito del renacer

Guardo entre mis papeles una carta redactada hace tiempos y nunca enviada a su destinataria. Hoy la descubro, la leo y, pensativo, la releo. Ciertas palabras me impresionan y reviven emociones que aún lastiman.

Permanezco largo rato ensimismado. Finalmente resuelvo esclarecer mis sentimientos y encauzar a mi manera los eventos sucedidos.

Procedo a quemar la carta y moler las cenizas para convertirlas en un polvo fino que, diluido, me sirva de tinta para escribir palabras nuevas. Con esta renovada escritura me apropio del mito del renacer desde las cenizas y doy otra mirada a los malentendidos que mataron mis amores.

Hoy mismo envió la nueva carta. Quizás reciba respuesta, aunque en realidad no importa mucho; puesto que esta ritual reescritura de los antiguos eventos me curará de los malos recuerdos.

40. Todo comenzó en la playa

Aquella tarde en la playa solitaria el sol del ocaso se detuvo a esperar conmigo tu llegada. Inquieto, iba yo de un lado al otro, y las olas me imitaban.

Finalmente, las arenas de la playa, al sentir tus pasos, me anunciaron tu presencia.

A lo lejos te vi avanzando hacia mí a cumplir la cita que el destino nos había organizado.

En aquellas playas descubrí unos labios, un cuerpo ardiente y un corazón abierto.

Las arenas fueron nuestro lecho y estuvimos abrigados por las cálidas nubes de la tarde. En las playas de ese hermoso mar fuimos, cada uno, puerto para el otro.

Nuestros pasados se juntaron en un presente de intensos instantes que prefiguraron un futuro compartido.

Afortunadamente así ocurrió y aún ahora nos amamos tanto como ese día en la playa donde todo comenzó.

41. Felizmente enamorados

Hemos estado tan enamorados que nuestra relación ha sido estrecha y placentera.

Nunca tuvimos guías ni manuales indicadores. Nosotros dos aprendimos a sonreír y llorar, a compartir alegrías y penas, las pequeñas y las grandes, las que lastiman y las que complacen. Vivimos satisfechos cada uno con el otro. Juntos caminamos y corremos y hasta en silencio hablamos cuando nos miramos. Me embargan las emociones cuando estoy cerca de ti. Te deseo hasta en los sueños.

Aun teniendo cada uno gustos y opiniones diferentes sobre tantas cosas, nos tomamos de las manos y si nos causamos penas nos pedimos perdón y con sonrisas lo entregamos.

Hemos pasado tantos años felices que nuestra vida es envidia para algunos y misterio para otros. Todos, sorprendidos, se preguntan cómo lograron las hadas juntar a dos seres tan distintos para que vivieran siempre felizmente enamorados.

42. Despechado

Con ojos llorosos y mano insegura, el hombre levanta la copa, bebe lentamente el licor. Unas gotas escapan de sus labios y trata de atajarlas con la mano izquierda.

El personaje solitario, sentado en las afueras de un bar, ofrece al transeúnte la patética estampa de un corazón abatido a punto de caer al fondo de un barranco.

El individuo, con su cabeza inclinada sobre el pecho, quizás vencido por el licor o más seguramente por la tristeza del amor perdido, escucha la música que sale del interior del bar cantándole a los azares del destino que acabaron con el fuego de la pasión amorosa.

En la mesa, la copa y la botella lo esperan, pero su mano derecha, lánguida y relajada, no se decide a servir otro trago. Pensando en la mujer de sus amores, sus ojos dejan salir unas pocas lágrimas.

Finalmente, el hombre se anima, avanza su cuerpo, acerca la copa y al inclinarse para tomar la botella, una lágrima cae en el fondo de la copa vacía.

43. Pelea de enamorados

Al final del día, la mujer y el hombre resultan peleándose. Ambos forman una pareja que se considera moderna, tolerante y capaz de reñirse con decencia, es decir, que enfrentan los problemas malucos con argumentos, quizá gesticulando y alzando un poco la voz, pero sin llegar a las amenazas o a los golpes.

Sin embargo, como la pelea actual es intensa y hasta cruel, la mujer resuelve encerrarse en la pieza de invitados donde finalmente se acuesta y se duerme.

Al despertarse al día siguiente, la mujer se viste y sale de la casa con la intención de irse a pensar en el bosque cercano. Al salir ve que la puerta del dormitorio está cerrada y supone que su hombre aún duerme. No tiene por qué saber que el hombre pasó casi toda la noche en vela: bravo, triste y pensativo.

La mujer camina y camina en medio de una naturaleza tan silenciosa que, a ratos, le resuenan los gritos de su amante. Después de un buen rato se reconoce extraviada, insegura y cansada. Se recuesta a descansar contra el tronco de un árbol. La pelea, aún presente en su cabeza y corazón, le saca lágrimas y unos cuantos gritos de desahogo. Se reconoce muy enamorada de su hombre y muy segura de que él también la quiere. Considera que la pelea fue parte del aprender a vivir juntos. Sintiendo muy tranquila y segura decide regresar a la casa. Cuando está ya cerca descubre que su hombre viene corriendo hacia ella. Los abrazos y besos se mezclan con balbuceos mutuos de explicaciones, promesas y perdones

44. Ella llegó con el tren

La barrera descendió cerrando el paso a vehículos y personas que esperábamos atravesar los rieles. Un tren se aproximó y siguió raudó. Un momento después, dos trenes más pasaron delante de nuestros ojos y luego la barrera se levantó. Los vehículos y la gente agrupada cruzaron rápidamente los rieles. Yo me quedé tranquilo en el sitio donde estaba observando cómo la carrilera se perdía en el horizonte. De pronto, tú llegaste, y contigo un fuerte ventarrón que amenazó lanzarnos a través de los rieles. Te caíste casi al llegar a mi lado e inmediatamente te ayudé a levantarte. Te dije palabras de compasión y me agradeciste respondiendo que nada grave ocurría. Los dos juntos traspasamos la vía férrea y nos alejamos conversando sobre accidentes.

Dentro de mí, me sentí contento de haberte conocido al paso del tren. No llegué a sospechar que te había traído un tren y que yo sería tu estación. En efecto, ese fue el comienzo de una relación que poco a poco se convirtió en amorosa y que aún perdura hasta el día de hoy.

45. Pozo de los deseos

Los dioses serviciales llevan siglos satisfaciendo a los humanos que nunca cesan de implorar favores. Entre esos seres poderosos, los dioses del agua, habitantes de los pozos de los deseos, son especialmente solicitados.

Con gran emoción y credulidad las personas ingenuas se acercan a estos templos a solicitar favores que calmen sus corazones. Entre los pedidos, la salud, el dinero y el amor son los más anhelados. Según se oye decir, los pozos de los deseos son sobre todo visitados por los que buscan un primer amor, los despechados, los que necesitan resolver peleas amorosas, los que quieren tener hijos...

Con los deseos escogidos y los rostros expectantes, los creyentes se acercan al pozo y practican el ritual requerido para el funcionamiento de la magia: calculan la profundidad del pozo, examinan el espejo de agua y acomodan la moneda en sus manos para que, al lanzarla, aterrice cara arriba; dejan caer la moneda con suspenso pensando intensamente en sus pretensiones o verbalizándolas con palabras claras.

En los días siguientes, ansiosos esperan que los dioses de los pozos satisfagan sus deseos.



EL POZO DE LOS DESEOS

Octubre 20/2023 M.

46. Los campesinos

Él y ella se levantan a la misma hora y desayunan juntos. El campesino se despide de beso de su esposa y ocasionalmente la invita a visitarlo en los sembrados. Ella le recuerda lo ocupada que la mantienen los quehaceres hogareños.

Esta pareja de campesinos es conocida en el pueblo cercano porque parecen un par de novios: se toman de las manos, se miran, se abrazan y se dicen palabras bonitas. Todos se sorprenden gratamente de conocer tal matrimonio.

El hombre va cada día de la semana al lugar de trabajo. Comienza la jornada organizando las labores que piensa realizar: revisión de herramientas, remoción de malezas, sembrado de semillas, abonar, regar.

Terminados los trabajos, se sienta sobre su ruana debajo de un árbol, admira los resultados logrados y se repite que sus sembrados darán buena cosecha. Piensa amorosamente en su esposa y se dice que, de todos modos, la traerá cuando las plantas fructifiquen. La invitará a sentarse en la ruana extendida. Admirarán la vida que brota de la tierra porque los sembrados son los hijos que nunca tuvieron. Vidas que dependen de ellos y exigen cuidados para llegar a grandes.

47. Enamorado de la vida

Cuando estás enamorado de la vida tu cabeza lo sabe y tu corazón lo siente. Cuando estás enamorado de la vida te sabes situado por encima de la monotonía plana y aburridora de la cotidianidad.

El enamoramiento de la vida no solo se concentra en las personas con las que compartes el diario vivir; también predispone a la realización de experiencias como saludar temprano el sol, disfrutar el viento fresco regalar y recibir sonrisas, leer, escuchar a los demás y hablar con ellos, ser creativo y capaz de convertir el silencio en fantasía.

Si estás enamorado de la vida te sientes alegre y feliz. Te compenetras con tu entorno, desparramas tus sentidos, descubres la variedad entre los objetos y los seres vivos. Cuando te enamoras de la vida sientes y piensas intensamente. Sabes que la existencia es tan corta que vives cada instante como única oportunidad.

48. La casita de la viuda

Aunque hace un tiempo que murió la señora, la casita de la viuda conserva aún sus paredes azul claro y sus ventanas adornadas con cortinas blancas. Mientras vivieron, la mujer y su marido fueron siempre vistos con distanciamiento porque interactuaban poco con la gente. Cuando salían a caminar en el barrio lo hacían muy lentamente, iban cogidos de la mano y respondían los saludos con seriedad.

La gente del barrio no podía imaginar la vida apasionada y enamorada que llevaba la pareja dentro de las paredes de la casita.

Cuando el marido murió, la mujer ganó el espacio que él dejó, pero perdió la mitad de su vida y dejó de salir a la calle. Con razón, la gente decía que la viuda seguiría muy pronto los pasos del marido porque no sería capaz de vivir sin amor. Y así ocurrió. La mujer no logró vivir en soledad. Murió, y quedó solo el lugar, sin que aparecieran, hasta el día de hoy, parientes o amigos que emprendieran alguna acción con la casita de la viuda.

49. Paisajes nocturnos

Al culminar sus labores diarias la mujer se acostumbró a disfrutar breves descansos en el balcón de su casa de campo. Bien instalada en la poltrona, empezó a prolongar sus reposos porque, intrigada, descubría al comienzo de la noche lo que no veía a la luz del día cuando, a veces, se asomaba al balcón. En ocasiones, prolongó sus visitas al balcón cautivada por la quietud del entorno, la negrura de los paisajes y la oportunidad de reflexionar sobre su vida y sus amores.

En algunas de estas experiencias nocturnas recibía la extraña visita de un gran perro negro con ojos chispeantes y lentos movimientos, que se aparecía delante de la casa, se detenía y levantaba su cabeza para mirarla durante un momento y luego desaparecía en la obscuridad. Nunca logró descifrar el significado factual o simbólico de la aparición de dicho animal, aunque la asoció a ciertos sucesos machistas ocurridos en su pasado.

Con el transcurrir de las noches, sus ojos aprendieron a distinguir entre los oscuros paisajes variadísimas formas, siluetas, movimientos y tenues colores. Así, su cabeza y corazón lograron encontrar calma para su alma.

50. Mi otro yo

Desearía encontrar otro hombre igualito a mí, con mi voz y figura, casado con mujer amada, padre de dos hijos y apegado al hogar como la leña al fuego.

Un otro yo que, además del parecido físico y la situación familiar, lleve una vida similar a la mía, que sea un alguien de mirada directa y caminar moderado, a veces vagabundo, pero que no pierda el rumbo. Alguien dotado de manos creadoras y ojos perspicaces que se reconozca en los espejos, como lo hago yo cuando de paso me veo en ellos.

Sin cita previa, quisiera encontrarme con tal hombre sin que importe dónde. En cualquier ciudad por calles diferentes él y yo llegaríamos a una esquina. Él me miraría y yo a él. Nos reconoceríamos como dos yos del todo semejantes, parados frente a frente y vistiendo trajes iguales.

Después de una larga y muda ojeada, nos tomaríamos de la mano, caminaríamos lentamente y, poco a poco, nos fundiríamos el uno en el otro.

Yo volvería a ser yo mismo.



MI OTRO YO

4/11/2023 AM

51. Relaciones librescas

De paseo por las calles, en las vitrinas de las librerías veo carátulas sugestivas que me invitan. Cuando acepto, entro y hojeo algunos ejemplares. Si adquiero un libro, ansioso lo cargo cerca de mi pecho mientras me dirijo a casa. Al llegar, inmediatamente emprendo la lectura para conocerlo y comprobar si tendremos o no intercambios físicos y espirituales.

Cuando me sumerjo en la lectura, si el libro me habla personalmente le respondo subrayando párrafos, tachando palabras o resaltando frases. Si decido interrumpir la conversación, marco la esquina de la hoja para que me espere ahí. Si tenemos buenos o malos entendimientos, releo frases enteras para aclarar ideas. A veces, leo apartes en voz alta, pero nunca le escribo palabras al margen, porque prefiero redactar notas en mis cuadernos.

Cuando termino la lectura los libros van a parar a mi biblioteca donde esperarán su destino final: permanecer allí hasta que los vuelva a leer o convertirse en regalos.

Ocasionalmente algunas lecturas son condenas radicales. Desde los primeros párrafos decido que página leída será página arrancada y rasgada en pedacitos. El libro desaparece físicamente para mí, aunque su contenido se quede un tiempo en mi cabeza.

52. Desde el balcón del piso alto

Un día, sintiéndome raro y solo, me dediqué a observar el panorama urbano desde el balcón del piso alto donde habito. Vi gentes abajo, sin ropas, caminar tranquilas, sus claras pieles contrastaban con el oscuro asfalto. A través de muros y techos de las edificaciones cercanas, divisé personas desprovistas de vestuario. En los vehículos, los pasajeros viajaban también sin ropas y la superficie de la tierra, carente de sembrados, me mostraba sus entrañas.

Intensificando la mirada, descubrí en los cuerpos la carne lacerada, en las mentes de algunos humanos los recuerdos del pasado y, en todos, la verdad desnuda. Sin ropas y sin nada, los humanos parecían seres prehistóricos, pobladores de un mundo del pasado.

Ante esta visión extraña, del piso alto bajé al primero. Y al llegar afuera, me vi también desnudo, muy igual a todos. Ya no estaba solo ni me sentía raro. Me reconocí como uno más y muy sereno caminé por las calles.

53. Dueño de la cafetería

Nadie sabía que yo era dueño de la cafetería donde iba a pasar el tiempo, leer periódico y mirar gente. Como cliente asiduo fui bien atendido.

Nunca averigüé nombres de personas ni asuntos de intendencia. Yo era un consumidor satisfecho del servicio y del lugar. Me atraían las historias de los compradores escuchadas a mi lado. Supe así del padre que perdió a su hijo y de señores añorantes del pasado. Escuché las aventuras de muchachos que llegaban con morral al hombro. Vi personas ancianas con perros tan viejos como ellas. Conocí parejas de novios que ansiaban juntarse y de casados que deseaban separarse.

En esta cafetería, individualicé, y a veces conté, celulares, luces y humos, servilletas, pasteles, bebidas, sombreros y paraguas; pero, sobre todo, gente variada que entraba y salía como yo lo hacía, una o dos veces al día.

54. Mesero

Me dedico a atender a los consumidores en el afamado café de la esquina. Me considero un buen mesero, pero no me gusta la gente que viene aquí. Veo clientes hablando, riendo y casi gritando; oigo ruidos; músicas; palabras y cuentos. En medio de esta algarabía voy de acá para allá; tomo y entrego pedidos; apenas si le sonrío a las raras personas que me dan propinas.

El lugar nunca está vacío. Todo el día hay gente que entra, se sienta, consume y sale, sola, en grupos o en parejas. No tengo pausas y me muevo el día entero entre bebedores, fumadores y conversadores; grupos que discuten en voz alta; gente mal sentada y otra mal hablada; clientes alejados del mostrador y señores solitarios.

Como compensación a mis disgustos laborales, los días de descanso vagabundeo sin afán en la ciudad; y cuando hallo un café que me gusta, entro, escojo un sitio agradable y adopto el papel del cliente ideal que yo quisiera atender en mi trabajo.

55. Un vago interactivo

Al igual que otros personajes de la calle, participo en los sucesos cotidianos de la vida urbana. Recorro vías y avenidas; visito bares y bazares; descanso en parques; examino al detalle lo que veo; de frente miro a la gente o la ignoro indiferente. Leo, a veces burlándome, los avisos y publicidades sobre objetos, servicios y lugares. Aspiro y transpiro los aires contaminados por fábricas, motos y carros. Oigo pitos y ruidos, gritos y sirenas. Respondo a veces al saludo o al desprecio de la gente. Reconozco los juegos de picaros y policías ocurridos ciertos días.

No soy un habitante de la calle ni tampoco un turista que se sienta a descansar donde puede, me muevo continuamente porque me gusta explorar los territorios.

Me molestan las ruinas urbanas, los muros grafitados, los deshechos esparcidos y los bienes público destruidos.

En las mañanas y al final del día me perturba el gentío apresurado. A veces me desplazo como un ser perdido aún en lugares conocidos. No hay nadie que me piense y yo tampoco pienso en alguien. Cuando me aburro o me canso, me encierro en la pieza que alquilo.

Cada día vivo el drama urbano con la idea de un buen capítulo final.

56. Jardín en la playa

Abandoné la ciudad y me fui a vivir al lado del mar azul, atraído por la soledad del lugar, el clima marino y el placer de pasear por la playa marcando mis pasos en la arena.

Ya instalado en un sitio antes conocido, observo un día que las olas arrojan granos con apariencia de semillas; los recojo y siembro en la misma playa, donde no llega el oleaje. Para mi sorpresa, al poco tiempo crecen bellas plantas con flores azules.

Paso momentos felices acopiando semillas y plantándolas en la arena. Algunos días me engalano con ropa azul para armonizarme con los colores del agua, el cielo y mi jardín playero.

Cuando el oleaje crece y destruye parte de mis sembrados, pienso que el mar me quita lo que él mismo me da; y con aplicación reemplazo las flores arruinadas.

Poco a poco, sin embargo, mi vida costera pierde magia. Mis ánimos se disuelven entre los ciclos de sembrado, destrucción y resembrado, el calor diurno y el frío nocturno, la soledad del lugar, y la aparición de turistas. Sobre todo, me desconcierta el incesante oleaje que ahoga el silencio que a veces me hace falta.

Definitivamente, me llegó la hora de cambiar los colores azules de mi vida.

57. Un puerto de embarque

Buscando un puerto de embarque hacia una futura aventura, avanzo por la playa siguiendo los meandros del litoral. En las tardes me detengo para levantar mi carpa, descansar, apreciar las distancias recorridas y escudriñar el panorama tratando de divisar algún mástil erguido que me señale el puerto deseado. Cada día marcho solitario con el sol arriba, el mar al lado y la incertidumbre dentro de mí. Mientras camino por la playa me siento a veces tan frustrado que me gustaría trazarme cualquier otra meta para dirigirme a ella.

Al paso del tiempo acumulo cansancio, insolación y desilusión. Mis esperanzas de descubrir el barco que me transporte lejos han empezado a desaparecer.

Ahora me adelanto cada vez más lentamente. Creo que no encontraré puerto alguno y que para abandonar la playa tendré que escoger entre regresar al pueblo o nadar hacia el horizonte con la remotísima esperanza de que, náufrago, algún barco me recoja.

Decidí no regresarme.

58. Familia feliz

Mi mujer amada y yo procreamos una niña. Durante la gestación solíamos entonarle nuestra canción preferida convencidos de que ella la oiría. Así lo comprobamos años después cuando, reunidos en el jardín de la casa, vivíamos la dicha de estar juntos los tres. La niña jugaba a nuestro lado tarareando espontáneamente la canción escuchada durante su crecimiento en el vientre maternal.

Cada vez que esto ocurría, mi mujer y yo nos mirábamos contentos y complacidamente enamorados. La niña examinaba los insectos; corría de un lado al otro; lanzaba ramitas al aire; se acercaba a las flores, arrancaba algunas y las juntaba en un ramo que venía a entregar a su mamá. A mí me daba un sonoro y rápido beso y continuaba jugando.

Éramos la estampa de una familia feliz.

59. Necesidad de hablar

Tratando de acabar con el mutismo que me aísla y enferma, se agitan dentro de mí vehementes deseos de comunicar. Ciertamente necesito intercambiar palabras con alguien.

Quiero hablar y hablar con obreros al pie de la fábrica; con señoras en el parque; con el hombre de corbata, el tendero o el mendigo; con un desconocido sentado en un bar o con la muchacha que pasa a mi lado.

Me es preciso conversar con tranquilos paseantes; con gentes apuradas; pasajeros de autobuses; vendedores callejeros o estudiantes que regresen a sus casas.

Hoy, cuando finalmente me atreví a hablarle a alguien, escogí unos oídos que, según creí, entenderían mis necesidades comunicativas. Le dije suavemente algo a ese alguien, quien inmediatamente me miró airado y vociferó tan alto que me dejó afligido.

Mudo, cabizbajo y muy desanimado me alejé con mi silencio protector.

60. La soledad de todos

Cuando camino en la ciudad y el peso de la soledad me ralentiza, me oculto detrás de mi sombra para crearme invisible entre el gentío, llegar disimulado a mi casa y desconectarme del mundo exterior.

Sin embargo, cuando me exaspera el encierro hogareño, me veo empujado a salir para ventear mi espíritu y mi cuerpo, deambulando por las calles.

Sea que soporte mi soledad, refugiado en casa o que la pasee entre la masa urbana, me consuelo sabiendo que no soy el único ser solitario; también lo son otros enclaustrados en sus hogares y otros transeúntes urbanos. Ignoro lo que ocurre tras las puertas de las casas, pero transitando por las calles, observo que a los individuos que van delante de mí, detrás y a mis lados, se les nota la soledad que los envuelve.

61. Piel de niño

Quisiera una piel de niño para cubrir mis años viejos y soñar con el estreno de una vida nueva. Me gustaría volver a ver las cosas por primera vez; tocarlas y nombrarlas; retozar como cualquier infante; acariciar con aprehensión la tela de una araña; desconfiar de las sombras; imaginar pequeñas ilusiones y creer que las personas grandes son toda gente buena.

Quizás revistiendo la piel del chiquillo que fui, desarrugaría el tiempo y recordaría con gusto mis pasados años.

Retrocedería a mis primeras épocas para repetir juegos; hablar palabras nuevas; inventar historias verdaderas y divertirme con lo que hago y veo.

También me provocaría juntar e incendiar hojas secas para ver nacer el fuego; espantar aves quietas; mascar gotas de agua; tocar todo lo que encuentre; y mirar siempre hacia arriba para creerme explorador de cielos.

62. Mi perro

Nunca antes me interesé en los perros. Estos animales me eran indiferentes hasta que, una mañana al salir de casa, abrí la puerta y vi cerca de ella un pequeño perro que me miraba ladeando su cabeza. Cerré la puerta sin prestarle atención y seguí mi camino.

Esta escena empezó a repetirse como si el perro adivinara mis horas de salida. Inclusive, en ciertas ocasiones, estando yo en casa, lo sentí husmeando mi puerta.

Varios días después, su insistencia me rindió. Me levanté de la silla, abrí la puerta, la dejé abierta y el animal entró corriendo; se acercó a la silla donde yo leía, le dio la vuelta entera y se echó a un lado, como si esta fuera su casa y yo su amo. De vez en cuando, el animal levantaba su cabeza y me miraba fijamente. A partir de este día, el can tuvo hogar propio y yo tuve perro.

Al poco tiempo noté que el animal era ciego. No descifraba mis gestos, pero me miraba fijamente esperando palabras. Permanecía siempre a mi lado acompañando mis pasos, sumando su sombra a la mía, llorando mis ausencias y echándose al lado de mi silla preferida cuando yo la ocupaba. Aunque ladraba poco, su comportamiento era el de un perro común y corriente, se movía muy bien por toda la casa, pero cuando salíamos a pasear yo le servía de lazarillo.

63. Mensaje en la mesa

Sentado al borde de mi lecho, seguro y lúcido, tomo una crucial decisión. Con manos temblorosas escribo en un papel, que dejaré en la mesa de noche unas explicaciones sobre mi futura ausencia.

Cuando me haya, ido mis parientes encontrarán la nota en la que menciono mi viaje sin retorno a lugares remotos. Pido que no me esperen porque voy a incumplir la obligación de vivir y aclaro que no necesitaré tumba ni corona de flores.

Estando ya bien lejos, espero que mis parientes hayan entendido mis decisiones y guardado buenos recuerdos de mí. Me gustaría también que en las noches le pregunten a la estrella cercana a la casa, dónde me encuentro; para que ella les responda que estoy en la luna aguardando que el sol ilumine la tierra para lograr verlos.

64. Desfallecimientos

La enfermedad y el hambre se dan cita en mi cuerpo desde tiempo atrás. Padezco una constante calentura que me produce delirios desconcertantes.

Una rara fiebre me trastorna mi mente. Mi cuerpo, débil y flácido, yace tendido en un lecho humedecido por las gotas hirvientes que destilan mis poros.

Reducido a esta cama desde hace varios días, carezco de ánimos y fuerzas para levantarme. Mi extrema inanición me genera pensamientos y preocupaciones deshilvanadas que saltan de mi cabeza hacia afuera de mi casa y regresan a contarme cosas del mundo exterior del que estoy ausente hace un tiempo.

Carezco de un diagnóstico preciso, no recibo ayuda de nadie; pero espero no morir porque no me siento dispuesto. Aunque ignoro si para morir sea necesario estar preparado.

65. Abuelo y nieto

Abuelo, ¿dónde estás? Me escuchan clamar mis padres con frecuencia. Ellos me dicen que vives lejos, en un lugar que no conozco.

Quiero hablar contigo y, sobre todo, jugar; veo el brillo de tus ojos cuando lo hacemos. Recuerdo que siempre te gano en las carreras imaginarias y que al contestar mis preguntas haces gestos y signos con tus manos.

Te necesito, abuelo, para que me hables de cosas y me cuentes historias de la vida; esa que, según me dices, se apaga en ti y comienza en mí.

Tú, abuelo, no serás para mí, cuando sepa de verdad que no te volveré a ver, un nombre o un recuerdo. Eres en mí y yo en ti aquello que, en secreto, ambos sabemos.

66. Huyéndole al frío

En estas frías tierras donde vivo ahora, hace falta un sol caluroso que me invite a salir de casa. Huyéndole al gélido mundo exterior me confino con frecuencia en mi vivienda. Enciendo la leña, me acomodo delante de la chimenea con mi lectura preferida entre las manos y tomo un trago largo para estimular la mente.

Los que pudieran verme dirían que parezco una apacible y simpática estampa invernal.

Las llamas irradian el calor que penetra mi cuerpo. A ratos pauso mi lectura, cierro el libro y reflexiono sobre mi estadía en este lugar. Para descongelar mi vida y evitar que mis huesos se conviertan en la leña de esta chimenea, necesito irme pronto a tierras cálidas.

Definitivamente no puedo quedarme viviendo en un territorio equivocado. Mi cuerpo no resiste este frío cruel, mis ojos no toleran las blancuras exteriores y cuando el calor de la chimenea me aletarga, no soporto que mis libros de lectura sigan escapándose de mis manos para caer cerca de las llamas o dentro de ellas.

67. Rutinas maniáticas

Cuando el alba desvanece mis sueños, me levanto para enfrentar la realidad cotidiana. Concluidos los rituales matinales, me dirijo a mi lugar de trabajo. Llego pronto, me concentro en las muy conocidas tareas laborales y las finalizo en horarios precisos.

Al terminar la jornada, me dedico a actividades sociales y personales pre-programadas. Cuando las he cumplido, la costumbre me lleva a la cama a horas fijas y, aunque no lo planeo, mis sueños vienen cumplidos: me invaden por completo y se evaporan a horas fijas.

Me levanto para repetir mi vida rutinaria. Mis días y noches son desilusionadamente iguales. Vivo aprisionado en un ritmo cotidiano intensamente monótono. Cambian los nombres de los días, pero no mis acciones habituales. Duermo, sueño, me levanto, trabajo, interactúo con la misma gente y cuando cae la noche, vuelvo a dormir para seguir al otro día igual.

Soy un transeúnte rutinario de pasos organizados que derrocha su vida avanzando por rutas trazadas, aferrado a costumbres maniáticas que le dan seguridad existencial.

68. Padre e hijo

Yo, con cincuenta años, y mi hijo con treinta menos, vivimos en la misma ciudad. Su madre, mi esposa, murió. El muchacho y yo no logramos olvidarla; nos afecta su ausencia y, sin verbalizarlo, sabemos que nos necesitamos.

Al paso de los días, cada uno, a su manera, y dentro de un mutuo respeto y apariencia, ha organizado su vida. Yo tengo mi andar y él no averigua mis pasos, a mí tampoco me parece importarme que él marche por cualquier camino. Sin embargo, nuestro distanciamiento es fingido; en realidad, nos hacemos falta.

Ambos necesitamos una presencia más física para dar y recibir afecto. Quizás por esto convenimos en realizar mutuas visitas. Cuando él viene a mi casa, charlamos un ratico y luego yo leo el periódico mientras él busca otra ocupación. Cuando voy a la suya, él usa el computador y yo encuentro alguna entretención.

Durante un tiempo hemos mantenido este raro tipo de encuentros que nos unen en un silencio cariñoso; pero ambos sabemos que llegará el día en que habitaremos la misma casa.

69. Mis contradicciones

Siendo pequeño, ocasionalmente y sin motivos especiales, me creo grande.

Mezclo calma con impaciencia y alterno debilidad con prepotencia.

Hago oídos sordos cuando me llama el heroísmo, sobre todo el que pide aplausos.

Siento una represa en mi interior, pero es agua estancada que no mueve nada.

Soy brizna al viento en la mañana y roca sólida en la tarde; kayak sin remo en la corriente y cazador sin arma al hombro.

Cuando recibo luces me torno sombrío y me aletargo cuando se agita el tumulto.

Si veo la muerte rondar cerca entre la gente, se avivan mi cuerpo, corazón y mente.

Cuando el acantilado está pleno de observadores que miran hacia abajo, levanto mi cabeza para descubrir arriba otros paisajes.

Cuando todo mi ser propone, no falta una parte en mí que se opone.

70. Día y noche, noche y día

Relacionando la longevidad de la especie humana con la brevedad de la vida que me anima, la abundancia de palabras de mi lengua materna con las pocas frases que utilizo, y la duración del día que termina con la fugacidad de un solo instante, pienso al acudir a mi lecho que mi timidez es grande y que puedo morir sin hacerle falta a nadie.

Es natural que yo, como lo hacen tantos otros, compare la noche con la muerte, entendiendo que la vida se extingue, así como la luz del día, con la llegada de la noche. Es pues, posible, que la noche que llega anide dentro de mí para siempre.

Sin embargo, aunque pueda ver la noche como túnel sin salida, me place más imaginarla como puente placentero que conduce a un nuevo día.



DIA Y NOCHE,
NOCHE Y DIA

October 26-2023 *SM*

71. Cuasi bebé

Viví un instante efímero. Ni siquiera fui un yo. Existí solo en la mente de la mujer que pudo ser mi madre. En ese breve tiempo conocí los desvelos de mis posibles padres, sus ansias e inquietudes. Ellos hablaron de deseos, intenciones y esperanzas. Al escucharlos imaginé senderos destinados a mis huellas y, por poco, di en ellos mis primeros pasos. Presentí el amor que me darían y el placer de recibir cuidados maternos. Vislumbrando lo que pudiera ser mi vida, tuve miedo de existir. Me plegué dentro mí para quedarme apenas en la mente de mis padres. Sin habitar un vientre, temí crecer en él y nacer cuando llegara el plazo.

Por fortuna, mis potenciales padres decidieron que muriera en su deseo, cuando casi tuve oportunidades de vivir.

72. El taller

Desde hace décadas, en mi familia, nos habituamos a llamar taller la pequeña construcción situada cerca de la casa, utilizada también como cuarto de San Alejo. Un estrecho sendero, aún visible en el prado circundante a la casa, me invita a visitar el pasado y hoy acepto ir tras la nostalgia.

Al abrir la vieja y ruidosa puerta, me recibe la penumbra del lugar apenas aclarado por exiguos rayos de luz colados por las rendijas de la pequeña ventana.

Veo viejas herramientas, trabajos desamparados, telas de arañas olvidadas por sus tejedoras, objetos desechados por la familia y, por todas partes, el polvo que cobija los recuerdos. Cualquier extraño visitante diría que todo este reblujo es basura inútil; sin embargo, las cosas aquí almacenadas y olvidadas son espejos de viejos tiempos familiares que aún son capaces de revivir recuerdos.

73. Saberme libre

La libertad sin conciencia es solo dependencia. El ser humano sabe que es libre cuando no arrastra cadenas físicas, mentales, familiares ni sociales.

No soy libre cuando rompo el silencio para dejar oír mis lamentos. Tampoco lo soy cuando regreso al pasado para esconderme del presente.

Soy libre cuando no pido permisos para enfrentar mi vida; cuando mantengo mis pies en la tierra para quedarme donde estoy, moverme de arriba abajo o voltear de un lado al otro.

Me siento libre porque no deseo ir tras las huellas de nadie, pero tampoco hacer señales para que otros vengan tras de mí.

Soy libre si al confrontarme con las inmensidades del mar, el desierto y la pradera, asumo mi pequeñez como una suerte y oportunidad de vida personal.

Me siento libre cuando logro beber mi vida a tragos lentos para disfrutarla a fondo; encadenar mis palabras con finos eslabones para mantener atadas mis razones; sumergirme en un mar de ideas aun a riesgo de ahogarme; saber que la pequeñez de algunos me impulsa a mirar hacia lo alto.

74. Bolso de cuero

Cuando salgo a la calle, mi viejo bolso de cuero va conmigo colgado de mi hombro. Siempre discreto, solo exhibe señales de uso; no ostenta letreros, marcas ni materiales.

Cuando me siento, le gusta acomodarse en la silla junto a mi cuerpo o entre mis pies. Lo tengo tan habituado a mis gestos que, al abrir una puerta, se desliza hacia atrás para liberar mi brazo. Me recibe lo que decido entregarle: documentos y lápices, libros, revistas, hojas, llaveros, paraguas, dineros, anteojos y celulares, pañuelos y paquetes.

Repleto o medio vacío, siempre apegado a mi cuerpo, va conmigo; mi querido viejo bolso de cuero, acompañándome en las carreras y en las pausas, protegiendo mis tesoros de accidentes, de pícaros y de climas inclementes.

75. Soy lo que hago

La coherencia entre ser y hacer es mi exigencia personal y social. Al contrario de otras personas que, con cierta lógica, construyen su ser sobre el tener o el aceptar lo que los demás les dicten, soy sobre todo lo que hago, no lo que pienso, sueño o hablo.

Aun admitiendo que soy lo que hago, debo reconocer que también me condicionan mis ideas preconcebidas, las concebidas y las escondidas sobre ciertos asuntos; las palabras escritas y pronunciadas; los silencios guardados y hasta los balbuceos de la indecisión.

Cuando, a lo que hago, añado lo mucho que pienso y lo poco que tengo, en el lugar y tiempo donde vivo, me reconozco y acepto como una persona única, satisfecha, y distinta a otras; pero abierta y dispuesta a interactuar con los seres animados y los objetos inanimados.

76. Objeción de conciencia

Me intimidan todas las armas. Verlas, oírlas, cargarlas y usarlas. Nunca quisiera poseerlas y tampoco ser parte de un ejército.

Si tuviera que hacerme militar se rebelaría mi conciencia. No tengo cabeza para llevar un quepis ni oídos para atender órdenes, tampoco pies para marchar en filas ni pecho para lucir insignias.

Carezco de convicción para morir por ideales patrios. No deseo saber nada de historias de batallas ni conocer las vidas de los héroes. Tampoco quiero botones, bastones ni dorados cordones. No me atraen las cintas ni las placas rutilantes con nombres de grados y personas.

Soy un hombre de paz que nunca cambiará su conciencia ni su amor a la humanidad, por ideas infundidas por jefes que me lleven a dar muerte a objetivos señalados.

77. Escondido en el bar

Regularmente, voy a los bares a beber un vaso de cerveza. Me gusta sentarme en los rincones para pensar y observar a los clientes sin quedar bajo su mirada. Cuando no hay paisaje humano, me dedico a examinar los reflejos distorsionados de mi cara y mis manos en las paredes del vaso de cerveza y a suponer que así de borrosa está mi vida.

Hoy por la mañana me encuentro en un bar de mi pueblo. Tengo mi bebida en la mano y no veo gente conocida, pero no importa. Aprovecho la soledad del lugar para repasar recuerdos nacidos en este pueblo: años de infancia y escuela; amores de muchacho; primeros trabajos; enredos de parientes, y alegrías de amigos olvidados.

Me doy muy bien cuenta de que, en realidad, busco los bares para ocultarme de mí mismo. Soy un hombre aburrido y monótono que no logra sobrepasar su ego. Definitivamente tengo que salir de mi escondidijo y, sobre todo, adquirir perspectivas para interesarme en la vida de los pocos conocidos que aún viven.

78. Aislado en el asilo

A veces, pienso que habito una isla ubicada en medio de un ancho río desde la cual diviso otras islas. En realidad, vivo en un asilo.

Aunque recibo visitas ocasionales, vivo una soledad exagerada, y estoy seguro de que conocidos me consideran antisocial.

Muy dentro de mí, tengo claro que mis creencias y sentimientos actuales son secuelas de mi pasado remoto y solitario, cuando estuve encarcelado por mis ideas políticas y luego exiliado en tierras distantes.

A pesar de lo que piensen o digan los demás, sé muy bien que no soy un enfermo mental, sino un anciano frágil de cuerpo, enredado en divagaciones e indeciso para encauzar la vida que le queda.

Sé que debo relacionarme con la gente del asilo, saludar y sonreír a los demás, pero, sobre todo, sé que me gusta salir de la pieza a pasearme en los prados de esta institución para escrutar el horizonte, imaginar ríos y caminos, recordar mis viajes por tierras lejanas... y sentirme libre.

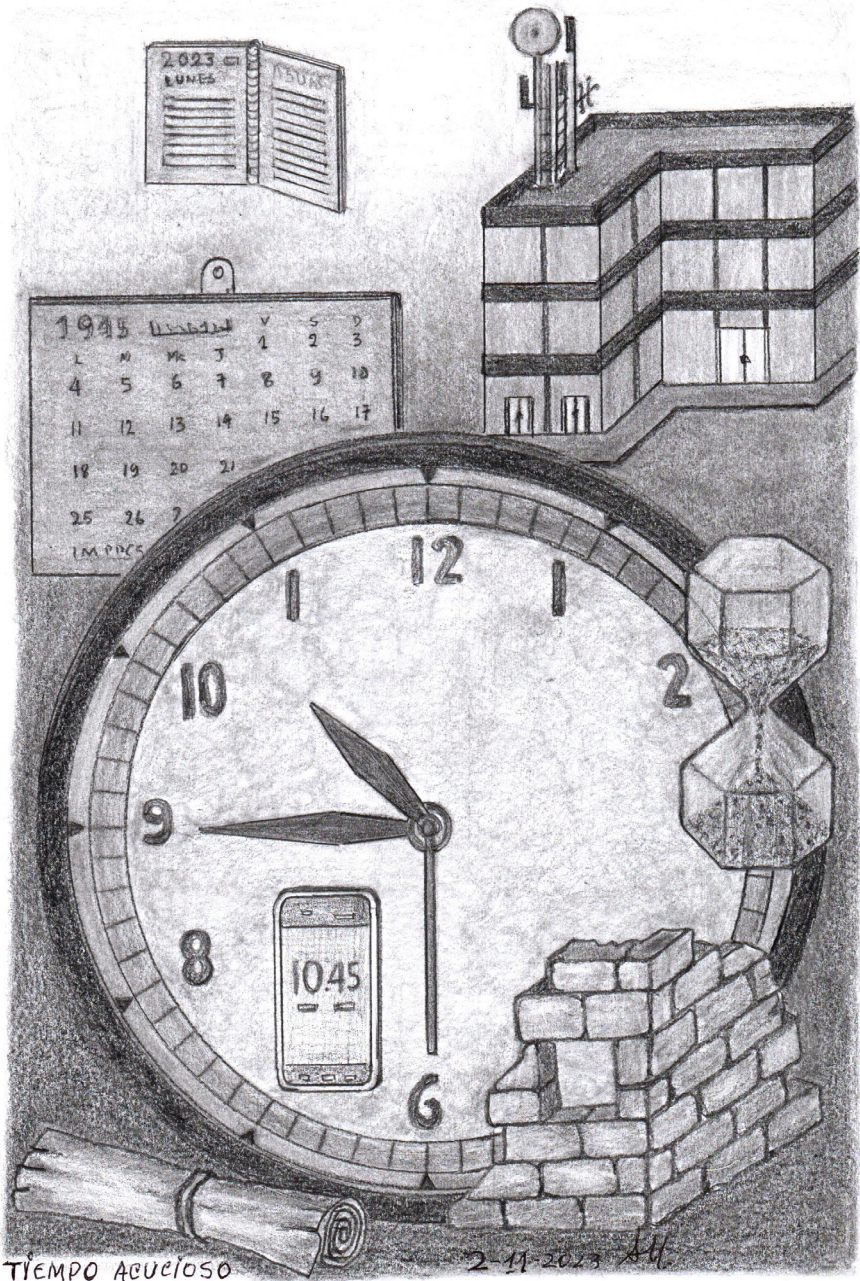
79. Tiempo acucioso

El tiempo es el puente que me permite moverme de acá para allá; pasar del gusto al disgusto; adelantarme o retrasarme; cambiar de dirección; recordar y olvidar; ganar y perder.

Gracias al tiempo y manipulando relojes, calendarios y agendas, citas y promesas, planes y proyectos, los humanos vivimos periodos largos y cortos; proclamamos o escondemos las edades; escogemos fechas que nos convienen y organizamos actividades.

Con mi manejo del tiempo logro imaginar el porvenir, mirar hacia atrás y convertirme en protagonista de breves eventos y largas historias.

Sin embargo, cuando el tiempo se torna acucioso, sus diminutas fracciones, de segundos y minutos, me obligan a decidirme o arrepentirme en un instante, sin estar seguro de poder ganarlo o perderlo todo.



80. Cuando cae una hoja

Las hojas caen de los árboles porque la brisa las reclama, porque un ave las acaricia al emprender vuelo o, simplemente, porque mueren.

Cuando cae una hoja de cualquier árbol, el viento la transporta a lugares lejanos o, quizás, un caminante ocasional la atrapa para amortiguar su caída.

Cuando una hoja cae de un árbol no hay sorpresas ni ruidos, nadie se queja y no llega noticia de pena al oído de nadie.

Imitando a otros seres vivos, aves, animales y humanos, que mudan plumas y pieles para renacer, los árboles se deshojan para renovar su follaje.

Los árboles otoñales sueltan sus hojas para fabricarse el manto que protegerá sus raíces en invierno.

Otros árboles más sensibles dejan caer sus hojas secas a sus pies, para escuchar los pasos del humano que se acerca a derribarlos.

81. El destino

Aquel fue un día señalado.

Por la tarde, algunos amigos del grupo charlaban alegremente sentados a la orilla del camino. De pronto, lo divisaron a lo lejos cuando subía. Al llegar a su lado, el destino les preguntó:

- ¿“Tomás vino”?

- “No vino”, contestaron al unísono.

- “Tal vez —dijo el destino antes de irse— necesita un día más. Pero él sabe que se acabó el plazo. Yo soy su fatalidad”.

Al rato, también por el camino de abajo, apareció Tomás. Llegó y se sentó taciturno en medio del grupo. Unos minutos después, sorpresivamente, les preguntó:

- “¿Alguien pasó por aquí averiguando por mí?”

Todos al unísono le respondieron:

- “Si, vino alguien y preguntó por ti”.

- “Bueno, adiós amigos. Estoy seguro de que me llegó la hora”.

Tomás se levantó y, decidido, emprendió camino hacia arriba para cumplirle la cita al destino.

82. Lluvias en la noche

Cumpliendo tus anuncios de la tarde, esta noche cubriste toda la ciudad.

Traes frío a la zona marginal. Brillantas su negrura con tus relámpagos y con tus truenos y vientos asustas a los tres niños que se apretujan contra sus padres dentro de un frágil tugurio. Con tus abundantes aguas, rebozas los caños en el barrio de abajo; inundas las calles colindantes; invades las casas y destruyes los enseres familiares.

En el barrio más central, a través de la ventana de una casa cálida e iluminada, sin temor, dos niños te observan caer y cortar con tus rayos la negrura de los cielos. Conmovidos, pero protegidos, comparan la seguridad de su morada con la peligrosa soledad exterior.

Al amanecer, en la zona rosa de la ciudad, opacas los vidrios del automóvil ocupado por jóvenes ebrios, hijos de ricos, disgustados porque no les permites avanzar más rápido para regresar a sus casas al salir de la discoteca.

83. El pesista

Con toda la bravura acumulada en su mente y en su cuerpo bien entrenado, el profesional, firme sobre sus piernas, se agacha, toma la barra y, al momento de iniciar la levantada, le llegan, apretujados a su cabeza, recuerdos de victorias logradas y nombres de ancestros vencedores. Estos pensamientos lo impulsan a querer superar las marcas alcanzadas. Escucha aplausos, aunque no sabe si son vítores lejanos o aclamaciones cercanas.

Sintiéndose lleno de orgullo, toma aire y realiza la arrancada. Se despierta aturdido y se da cuenta de que está tendido en el suelo, rodeado de personas. Pregunta qué ocurre y un acompañante le contesta que se desmayó al momento de levantar las pesas.

Al hombre lo invade una gran vergüenza. Cierra los ojos con calma.

El auxiliar anuncia que el pesista acaba de sufrir un infarto fulminante.

84. Días de verano

A pesar del gentío que casi todos los días irrumpe en el pueblo atraído por las aguas del lago y el calor del verano, sus habitantes saben que no son días de feria.

Por todas partes, turistas van y vienen, invaden calles y aceras, restaurantes y tiendas, el parque y el malecón. En todo el pueblo se oyen parloteos y rumores de viajeros que marchan con sus celulares en las manos y sus cabezas cubiertas con gafas, cachuchas, sombreros o sombrillas. En el malecón se forman filas esperando turno para subir a las lanchas. En el parque, las bancas y separadores están ocupados y en el centro un grupito le sonríe a la cámara que lo encuadra entre la fuente y la estatua.

Ignorando el bullicio, los pueblerinos zigzaguean por las calles entre el gentío. Ellos no se toman fotos en la fuente, ni cubren sus ojos con lentes oscuros. No se detienen a examinar vitrinas y tampoco se sientan en cualquier parte. Viendo tantos paseantes piensan que, quizás, algún día se irían a turistar a otro pueblo.

85. Pajarito en el parque

En esta soleada mañana un pajarito picotea al borde del parque. Un joven oficinista camina entusiasmado en la acera sin mirar siquiera al diminuto animal; tampoco lo atisba la señora que avanza de prisa; menos aún el viejo funcionario que se dirige a su auto estacionado al lado del parque.

El ave, muy animada, continúa buscando comida sin que nada ni nadie la espante.

Al final de este mismo día, donde antes picoteaba, yace muerto el pajarito.

Por la misma acera regresa ensimismado a su casa el oficinista; la señora que en la mañana avanzaba de prisa ahora vuelve a su hogar caminando despacio y mascullando reniegos; el anciano funcionario detiene su auto en el mismo sitio de la mañana y se aleja examinando papeles.

El cadáver del ave continúa en el lugar sin que nadie lo determine.

¿A cuál ser humano le importa un pajarillo, vivo o muerto, atravesado en su camino?

86. Lago de colores

Un pequeño grupo de excursionistas se desplaza entre un tupido bosque de árboles elevados que compiten por luz y aire. Como no hay sendero trazado, el grupo avanza lento en fila india sobre un colchón de hojas, ramas y musgos, siguiendo al guía que se orienta por el declive del terreno con la intención de salir del bosque.

Después de un buen rato, los caminantes llegan a un punto despejado que les muestra abajo, en panorama, un hermoso valle con pequeñas plantas y flores semejante a un lago de colores.

El silencio del lugar les trasmite calma y despierta su admiración. De común acuerdo, los miembros del grupo deciden pernoctar allí para descansar y disfrutar del paisaje y el ocaso. Cuando el sol está a punto de ocultarse, el valle se cobija con un manto de penumbra.

Al día siguiente, el sol esplendoroso muestra todo el valle de colores. Los excursionistas, a medida que descienden, se mezclarán con la belleza del paisaje florido que atravesarán en línea recta para alcanzar la colina que los espera en la otra orilla.

87. La escuela pública

Amontonados delante de la puerta de la escuela, y esperando la hora de su apertura, los niños hablan casi gritando, se miran y ríen, se tocan y empujan. Alborotan tanto a la llegada como lo harán a la salida.

Se oye la campana, la puerta se abre y en tropel se precipitan a los salones de clase.

Situados en sus puestos, esculcan morrales, lamentan las tareas no hechas, comentan los eventos caseros y hasta relatan las miedosas pesadillas sufridas durante la noche.

La maestra entra al aula y reclama silencio para iniciar la clase. En sus asientos, los niños tratan de controlar sus manos y de mantener la vista al frente.

Transcurrida la mitad de la clase, la educadora nota que los alumnos presienten la hora del recreo, que para muchos es lo mejor de la asistencia a la escuela. Finalmente, suena la campana y en un santiamén el salón queda vacío. Se ven niños corriendo hacia los baños; a buscar rincones para abrir sus cocas; y al encuentro de amigos de otros salones para iniciar los juegos predilectos.

El recreo es pura vocinglería que desborda el patio escolar. Muchos niños quieren hacer varias cosas a la vez, antes de que la campana acabe con la parte buena de la mañana.

88. Los mineros

Temprano en la mañana un grupo de mineros vestidos con ropa limpia se alista para entrar a la mina. Cuando escuchan la señal los hombres desaparecen en la oscuridad de la tierra llevando la herramienta en las manos, un rayo de luz en los cascos y, dentro de estos, los recuerdos familiares.

El pequeño grupo avanza por la galería. Cada minero se siente animado con la ilusión de encontrar la veta que lo hará famoso y le traerá recompensa económica.

Las lámparas señalan la llegada al punto de trabajo, donde de inmediato inician la excavación.

Poco a poco, durante la jornada, los cuerpos y las ropas de los hombres se cargan de cansancio, mugre y humedad, y las mentes de aprensión y ansiedad.

Al final del turno dejan de escarbar las entrañas de la tierra. Aun si no han descubierto grandes tesoros, los hombres se sienten contentos de cambiar la negrura y el calor del socavón, por la frescura exterior que calma sus temores y los acerca a sus amores.

89. El desfile

Los conductores de los vehículos, cuando llegan a la fila, asoman la cabeza por las ventanillas para enterarse del problema, constatar la cantidad de carros y empezar a enojarse.

Varias cuadras adelante suenan tambores y trompetas. La cabeza del desfile se dirige a la plaza por la calle principal. El patriotismo y la curiosidad congregaron una gran multitud que desde ventanas, balcones, terrazas y aceras aplaude el paso del cortejo.

Unas cuadras antes de la plaza, en la mitad del largo desfile, de pronto se escuchan pitazos, gritos y madrazos, mezclados con ruidos y trotes de gente desconcertada que, sin conocer la causa, instintivamente empieza a correr.

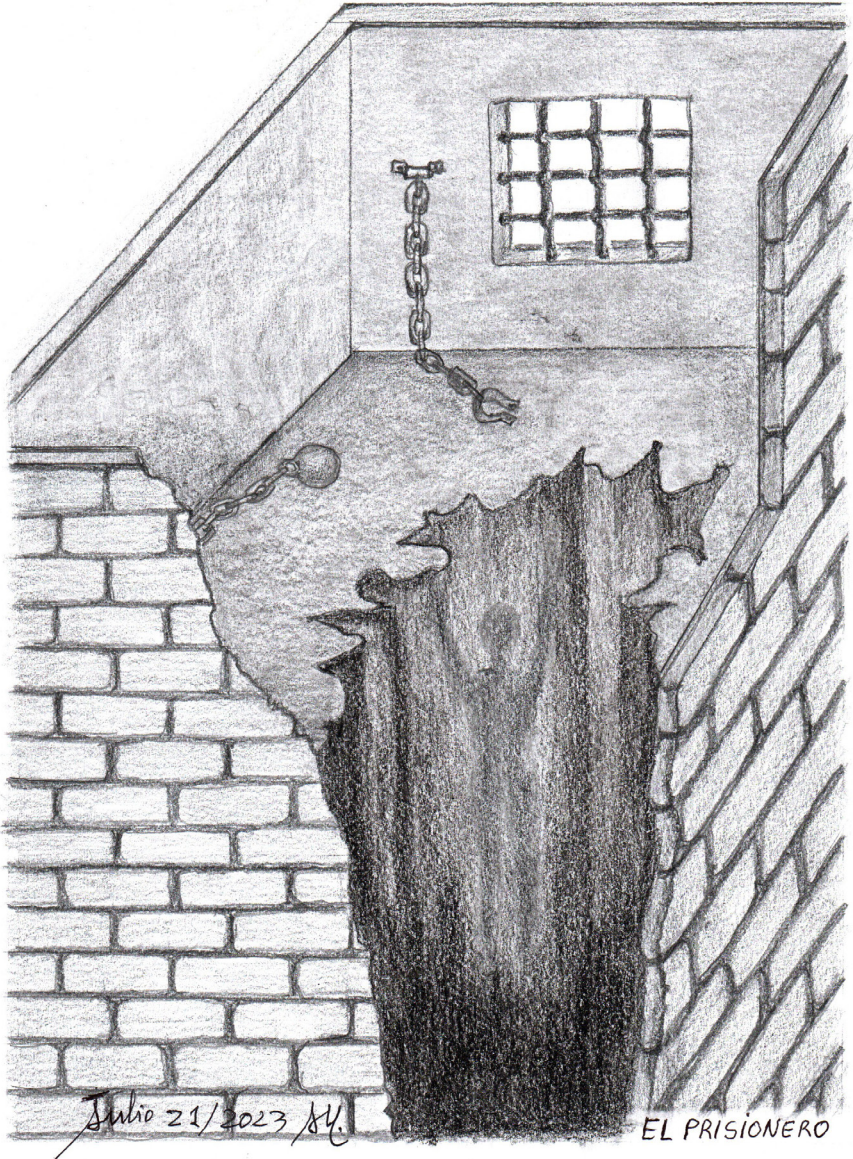
Después, se conoció la noticia de los accidentes causados por conductores irritados, o quizás ebrios, que arremetieron contra el desfile pretendiendo atravesarlo.

90. El prisionero

Estás prisionero, aislado en una fría celda. No ves a nadie, pero escuchas gritos que desgarran tu alma. En la parte frontal del calabozo, una puerta metálica deja filtrar por sus rendijas soplos de aire tibio y rayitos de luz que brillan en la negrura. Tu cuerpo está débil, pero tu mente aún funciona y te permite mantener conciencia de tu identidad. Cuando reflexionas, se agitan tus inquietudes. Jamás hubieras sospechado que tus ideas te traerían a este lugar, pero bien sabes que aún no te han vencido.

A veces quisieras estar atado a las cadenas empotradas en los muros para no sentir que caes en el terrible abismo abierto delante de la puerta de la celda. Aunque es un precipicio imaginario, crees que hundiéndote allí te perderías para siempre.

Tu opresor es un sistema corrupto y tramposo que encarcela a sus críticos. Los que te conocemos, sabemos que tu detención es una mezcla de ilegalidad, arbitrariedad y brutalidad. Con este encierro tratan de torcer la voluntad de un ser pacífico y luchador. Como todo prisionero, necesitas la esperanza, aunque sea remota, de ser liberado. Algo tendrá que cambiar. Te admiramos y estamos seguros de que pronto estarás libre.



91. La silla

En el día y en la noche, cuando mi dueño quiere utilizarme repite el mismo ritual: toma mi espalda, me aleja a una distancia precisa de la mesa, con un movimiento ágil da la vuelta y descarga su trasero en mi asiento, luego toma mis brazos con ambas manos y me acerca a la mesa. Sabiéndose bien acomodado, suspira y se concentra en sus asuntos.

Sin embargo, no me deja tranquila más de una hora continua porque en cualquier momento me mueve para levantarse a hacer algo y regresar luego a repetir la ceremonia.

Soy una vieja silla gastada con el uso. Nunca conocí cojines ni protectores, jamás sufrí traumatismos porque mi dueño siempre me trató con delicadeza. En ocasiones, me acaricia con un suave sacudidor. Algunas veces, me da por creer que yo soy un trono y mi dueño mi rey.

92. El borrego rebelde

“Por ese lado a la izquierda”. “Sigán adelante”. “No se atrasen”, “Cuidado con la zanja”. Órdenes perentorias como estas recibes todos los días.

Según lo das a entender, ya no quieres oír ni obedecer consignas dirigidas a todo el rebaño porque te llegó la hora de rebelarte.

Si realmente vas a hacerlo tienes que manifestar tus intenciones con palabras contundentes.

A los compañeros les dirás: “No quiero estar más con ustedes, no necesito más gritos ni reglas ni perros ovejeros que me ladren para encarrilarme”.

Cuando tu decisión de abandonar el redil esté lista, le dirás al jefe: “Adiós, pastor”.

Finalmente, para que tu rebelión sea un ejemplo a seguir, gritarás delante del montón: “Rebélnense, manada de gregarios”.

Cuando hayas dicho todo lo planeado y te hayas alejado del rebaño, dejarás de ser un borrego, empezarás a manejar tu libertad y podrás escoger hacia dónde quieres dirigirte.

93. Una mujer

Cuando una mujer decide armonizarse con la tierra, será la luna y la mar entera; será nube y lluvia, roca y arena, selva y pantera.

Una mujer dispuesta reta el mundo como quiere, vive lo que la edad le ofrece con ojos bien abiertos, con cabello largo o corto, recogido o suelto, no busca miradas porque le llueven sin pedir las.

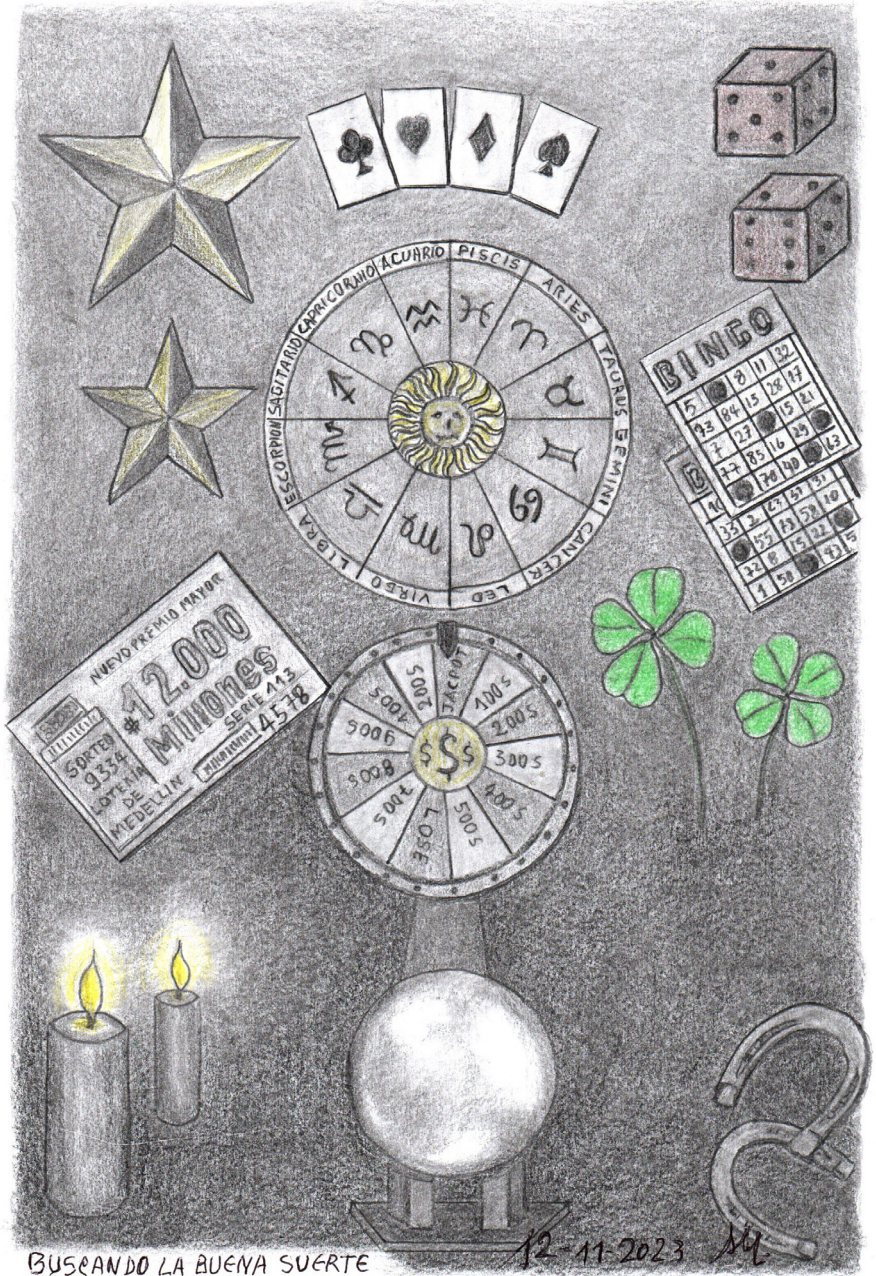
Una mujer satisfecha consigo misma, con lo que hace y piensa, admira las fieras sin convertirse en presa; no se cree parte incompleta porque se siente plena; sabe ser dura o suave cuando lo desea; es libre de sus actos; ignora comparaciones con bondades o maldades y no requiere imposiciones porque toma sus propias decisiones.

94. Buscando la buena suerte

Numerosas personas con fe ciega pretenden atraer la buena suerte acudiendo a religiones y magias; escrutando los cielos para descubrir las estrellas favorables; atendiendo dictados del horóscopo; barajando cartas y lanzando dados. Aunque se pongan en duda la eficacia y transparencia de estas prácticas, numerosos individuos insisten en hacer algo para concretar sus sueños, rebuscar la felicidad o envidiar lo que la injusticia social no les permite.

La historia cuenta que, desde los tiempos antiguos, los humanos insisten en tratar de controlar el azar acudiendo a maestros, astrólogos, gurúes, magos, brujos y pastores de algún culto.

Con afanes, gastos y obstinación, en los tiempos actuales muchas personas desposeídas de felicidad, dinero, amor, conocimiento, trabajo y bienes materiales insisten en tratar de encontrar la buena suerte visitando brujos y adivinos, comprando bingos y loterías, encendiendo velas, examinando tréboles y consultando los pozos de los deseos.



BUSCANDO LA BUENA SUERTE

12-11-2023 M

95. Los desplazados

Los desplazamientos de familias enteras causados por inclemencias de la naturaleza son tristes y la tristeza crece porque las ayudas oficiales no llegan o se demoran.

Además de tristes, son injustos los desalojos de numerosos ciudadanos sacados de sus sitios de habitación y trabajo mediante argumentos de progreso urbano. Las desdichas de estos desplazados nunca disminuyen porque las soluciones siempre serán insuficientes.

Pero más que triste e injusta, es totalmente cruel la negación del derecho que tiene todo ser humano a contar con un sitio apropiado para existir en esta tierra. Esta crueldad la causan las sociedades desiguales y corruptas encabezadas por humanos poderosos apoyados en argucias, fuerzas y armas para imponerse sobre otros humanos y despojarlos de sus territorios, viviendas, bienes y lugares de trabajo.

96. Envejece a gusto

Acepta envejecer sin exhibir tus canas como prueba de sabiduría, sin querer dar consejos ni añorar mejores tiempos. Gasta tus sentidos en placeres sugestivos. Cambia la luz eléctrica y el aire acondicionado por el sol y el aire libre. No confundas el temblor de manos con ataques de emoción. Prefiere el perdón y el olvido para alejar resentimientos acumulados y ábrete a nuevos eventos y amistades frescas. No te presentes como portador de reglas y fórmulas maravillosas destinadas a explicar lo importante a quien quiera oírte. Estás envejeciendo y lo esencial para ti consiste en disfrutar los sucesos que atañen a tu edad.

97. Los intelectualoides

Son intelectualoides aquellos individuos que alardean de su dedicación a los libros, a las palabras escritas y a las habladas y simultáneamente presentan su incapacidad para realizar labores materiales como condición de su espiritualidad. Sus pretensiones los llevan a creerse y a mostrarse ante los demás como individuos especiales.

Estos personajes se jactan de su consagración intensiva, real o falsa, a labores mentales tales como reflexiones, discusiones, lecturas, estudio, escritura y elaboración de interesantes discursos.

Algunos de estos intelectualoides recurren a distintas estrategias para ser escuchados o leídos por otros. Sin embargo, bastantes personas los resienten como individuos petulantes y aburridores, saben que carecen de originalidad y que, a menudo, transitan por senderos trazados por otros.

Ciertos individuos cultivan los valores intelectuales sin las ostentaciones de los intelectualoides: piensan y hablan, leen y explican, conversan y escuchan, quizás escriben y otros los leen con gusto.

98. Las cruces

Una cruz cualquiera, sin importar tamaño y material, historia, forma e interpretación es solo combinación geométrica de líneas atravesadas. Como objeto o figura, la cruz es marca empleada para tachar, descartar, sumar o multiplicar.

Sin embargo, multitudes de personas aceptan, interpretan y personalizan los signos de las cruces para protegerse, afianzarse, ayudarse, multiplicarse, adornarse.

Las cruces son también motivos esgrimidos por creyentes para aceptar el sufrimiento, suplicar, orar, sentirse salvados, resguardados, escogidos y recordados.

Las cruces que llevan cuerpos y cabezas coronadas con espinas son las preferidas para decorar ciertas iglesias, pedestales y estandartes, transformar tierras en cementerios, realizar tatuajes y ataviar pechos femeninos y masculinos.



LAS CRUCES

Agosto 24/2023 SM

99. Ser persona

En las sociedades en general, y más en las globalizadas, las entidades políticas, financieras, mercantiles, culturales, militares, religiosas y demás tratan a los humanos como individuos. Gracias a lo cual los seres humanos son presa de fácil sometimiento a la afiliación institucional, el gregarismo, la discriminación social, el hacinamiento, el consumismo, la vulgarización digital o la pauperización.

Afortunadamente, numerosos individuos luchan, de manera consciente y objetiva, para definirse y actuar física, social y culturalmente como personas.

El grado de autoconciencia alcanzado les permite a estas personas disponer de sí mismas; saberse libres, interior y exteriormente; oponerse a las tendencias ideológicas consumistas, religiosas y políticas; y con todas estas cualidades, lograr establecer relaciones sinceras y satisfactorias con otras personas y la sociedad.

100. Vida y muerte

Vida y muerte, presentes en el universo, se suceden, se exigen y hasta se contradicen.

La vida surge y se mantiene mientras logra oponerse a la muerte, y se acaba cuando esta se impone. Los vivos no quieren morir y luchan por esta pretensión. Sin embargo, la vida conduce necesariamente a la muerte porque solo muere el que está vivo.

Con frecuencia, se oye decir que solo vive el que aún no ha muerto, pero en realidad solo vive plenamente el que es consciente de que un día morirá.

Por imperativos de la especie, ningún humano puede por sí mismo empezar a vivir, porque solo otros humanos le dan la vida, pero cualquier humano vivo sí puede decidir morir y proceder a quitarse la vida; sin embargo, nadie tiene derecho a quitarle la vida a otro ser humano contra su voluntad. Inclusive, algunos seres humanos se declaran incapaces de suprimir la vida humana y cualquier otra forma de vida vegetal y animal. La falta de respeto a la vida hace que las guerras sean completamente inhumanas.

101. El mundo de la infancia

En tiempos anteriores, la infancia no era la primera etapa de vida de los seres humanos. Los niños eran adultos pequeños. Hoy por hoy, el mundo de la infancia ya está teóricamente conformado y, aunque en ciertos casos extremos se sacraliza, continúa girando alrededor de otros conceptos y realidades. Con razón la infancia es vista por algunos como un estado de felicidad y por otros como un problema a resolver.

- Los niños no deben ser convertidos en ídolos, objetos sexuales o instrumentos laborales.
- Aunque el negocio de las mascotas penetra la vida individual y familiar, en teoría los animales no reemplazan al hijo que una familia no tiene y tampoco llegan a ser el hermanito del hijo único. Sin embargo, numerosas personas y familias consideran que los animales son compañía indispensable para los seres humanos.
- Los negocios de la comunicación, la información y el entretenimiento proponen dispositivos que supuestamente contribuyen a la educación de los niños. Muchas familias e instituciones educativas así lo entienden y aceptan, pero otras tantas pregonan la cautela frente al uso formativo de los medios tecnológicos
- Se tienen que cultivar las circunstancias que ayuden a los niños a escapar de las presiones ideológicas para que lleven una vida realmente infantil, libre, alegre y espontánea.
- Los adultos que logran dejar despertar “el niño interior” que aún se esconde dentro de ellos tienen más éxito en sus interacciones con los niños.

102. La publicidad

La publicidad y la propaganda son antiguas modalidades de comunicación renovadas en la sociedad consumista actual para despertar y mantener mecanismos de enriquecimiento y poder para sus empresarios, y de feliz engaño y sometimiento para los consumidores.

La propaganda maneja ideas y la publicidad objetos materiales y servicios. La publicidad trae dinero a los propietarios que prometen a sus clientes los placeres propios del consumo: ostentar con orgullo, saberse predilecto, degustar la mejor marca, beneficiarse con el confort, convertirse en envidia ajena, desear más y más hasta saciarse.

A las familias, la publicidad les ofrece novedosas dotaciones domóticas para que vivan tranquilas y descansadas en sus hogares. A los jóvenes modernos les propone liberarlos de las difíciles tareas de pensar y decidir si adquieren los dispositivos tecnológicos promocionados. Al resto del mundo le garantiza la felicidad envuelta en lindos empaques para dar o recibir.

103. Razones para dejar de vivir

A los que piensan terminar con su vida no les faltan razones; probablemente tienen varias poderosas.

Quizás desean dejar de vivir para que la brisa no abanique más sus cabellos; para no recibir más el calor del sol o no escuchar el batir de alas de las aves que a su lado emprenden vuelo.

Quieren dejar de vivir porque ya no les place hacer crepitar con sus pies desnudos la hojarasca esparcida en un sendero abandonado o no les agrada marchar mezclando sus lágrimas con las gotas de lluvia cuando la naturaleza llora con ellos.

Los que pretenden acabar con su vida se llenan de valentía para hacer lo que otros llaman cobardía; a ellos no les importan las penas y vacíos infligidos a parientes y conocidos. Se quieren ir porque les disgusta su pasado o su presente o se creen incapaces de construir un atractivo porvenir.

Los que planean quitarse la vida, cuando lo hagan, no avanzarán más hacia una meta; no acariciarán otra vez la piel del ser amado ni recostarán sus cabezas en un pecho que albergue un corazón latiente; tampoco admirarán un jardín florido ni sorberán el agua que refrescaría su cansancio después de una larga caminata.

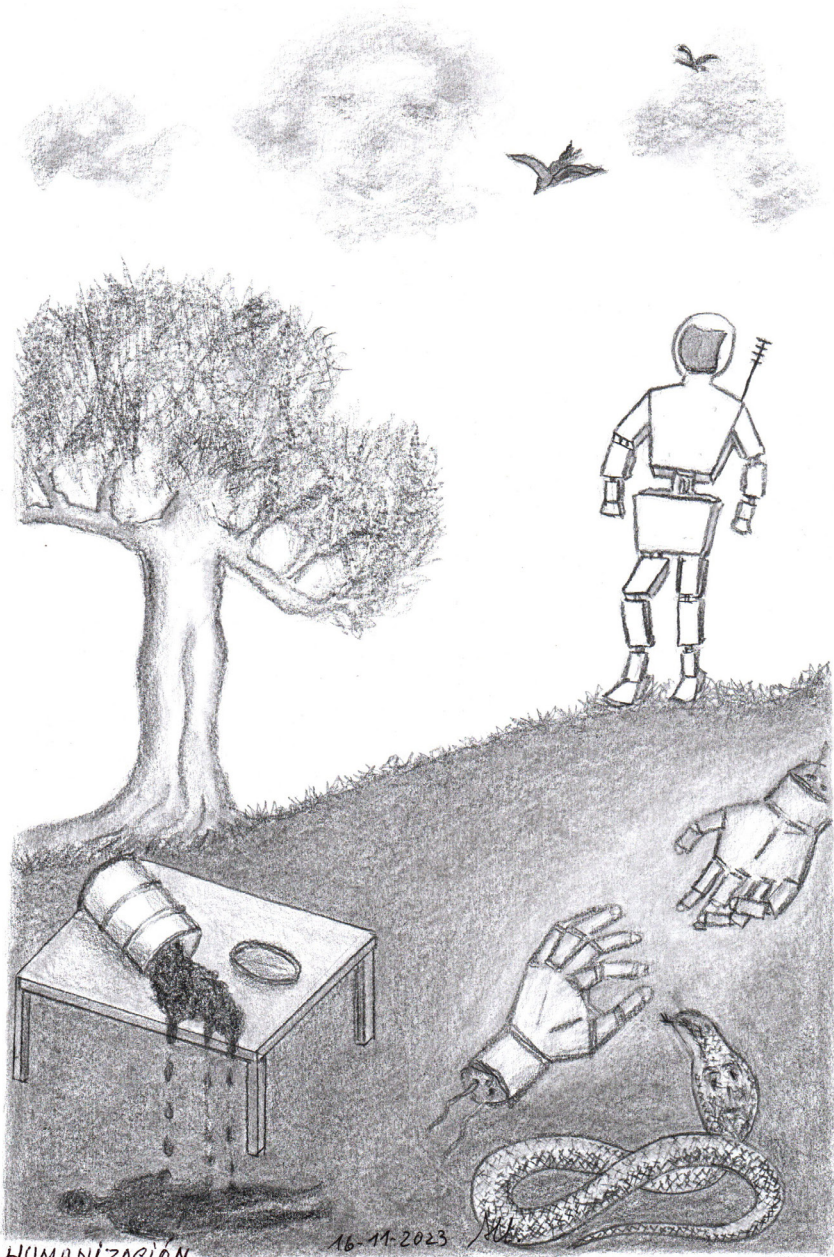
104. Humanización

A los humanos les place descubrir formas corporales en nubes, árboles, objetos, manchas y sombras. Esta complacencia se asemeja a la antropomorfización voluntaria de objetos utilitarios y decorativos para que parezcan prolongaciones de las personas, sus espíritus o cuerpos, sus pensamientos o realizaciones.

Con frecuencia, numerosos individuos humanizan comportamientos animales, inclusive adiestran a sus mascotas para que actúen como ellos y compartan sus vidas privadas y públicas. En ciertos casos de emulación extrema, el objeto o el animal es declarado ante la ley como soporte emocional indispensable en el devenir cotidiano del individuo.

La máxima humanización se alcanza cuando ciertos objetos robóticos, gracias a su apariencia y funcionamiento, son habilitados para interactuar laboral, intelectual y emocionalmente con los seres humanos.

Irónicamente, algunos de los individuos que humanizan objetos y seres vivos no humanos, se tornan inútiles para pensar, sentir y actuar como seres humanos completos, autónomos y sociables.



HUMANIZACIÓN

16-11-2023

105. El color de todas partes

Blanco es el color que no es porque resume todos los demás y se encuentra en todas partes esparciendo significados positivos, creando contrastes y transformando oscuridades en claridades.

Muchos lo escogen para cobijar sus sueños, las mujeres lo refieren para engalanar sus bodas; lo recibe el cuerpo en los cosméticos y lo exhibe el cielo en sus nubes.

Blancas son las plumas del cisne; los copos de nieve; las ausencias; las luces que todo lo dejan ver; las pieles de las gentes de tierras frías y las sonrisas de las modelos. También hay blancuras en los amaneceres; en los jardines florecidos y en los matices de lánguidas miradas.

Blancos son los símbolos y las transparencias; los deseos, las intenciones sanas y las inocencias de los niños, pero también los colores del vacío y las despedidas.

106. El campo y la ciudad

Si vives en el campo, la libertad surge y florece en tu mente y corazón. Cuando habitas lejos de ciudades aspiras aires sanos en los amaneceres, te mueves por senderos naturales y te embelesan las tardes con horizontes de colores.

La gran libertad vivida en el campo abierto se empequeñece cuando vienes a la ciudad donde te la encierran entre rejas y verjas, entre vidrios, muros y barreras. La ciudad lastima tu cuerpo y agobia tu alma.

Cuando habitas la urbe, tu sentido de la realidad se complica. Sabes que la naturaleza quedó atrás, los caminos no reciben ya tus huellas porque la tierra se endureció al paso de vehículos. Los edificios remplazaron las montañas y se contaminó el aire puro.

Cuando vives en la ciudad tienes que buscar un parque para que tu mente divague y tu corazón añore el campo perdido.

107. Un poco más

Cuando las palabras aletean en tu cabeza, te faltan unas pocas más para redondear la frase.

Si protestas un poco más, tus voces terminan por llegar a los oídos apropiados.

La vida te reclama un poco más de esfuerzo para que logres establecer tus propias marcas.

Si exhalas un poco más, tu pompa de jabón reventará cuando menos lo esperas.

La piedra oculta en tu zapato te pide un poco más de aguante para alcanzar la meta.

Si reduces un poco más el tamaño de tu letra, terminarás trazando líneas confusas.

Si entornas tus ojos un poco más, el espejo se negará a mostrarte los repliegues de tu alma.

Tu autoestima crece un poco más si desafías los riesgos con mayor audacia.

El río no te arrastrará si te agitas un poco más rápido que la corriente.

Si superas un poco más la fiereza de la fiera, nunca serás su presa.

Aunque ya sepas, quizás desees saber un poco más.

108. Huellas y huellas

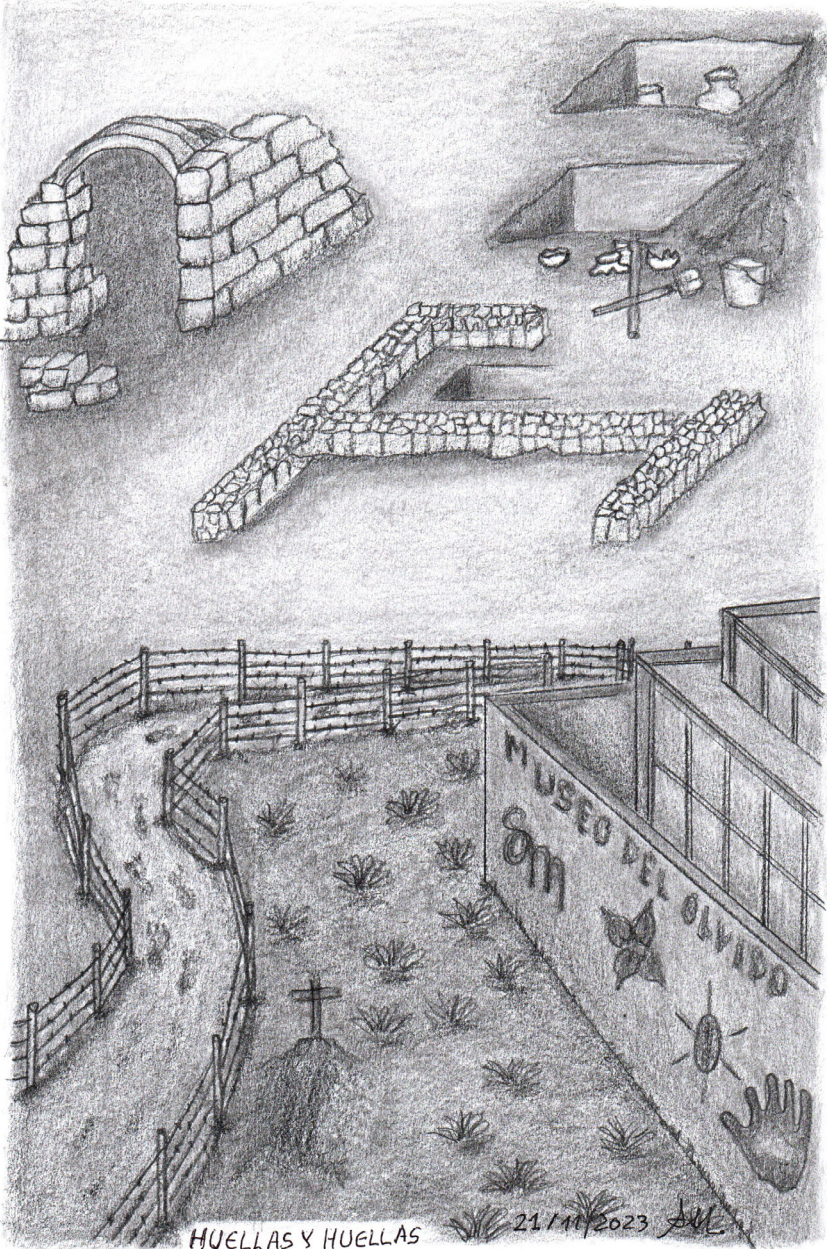
Las huellas son objetos, vestigios, marcas, señales y memorias. Todas las huellas están amarradas al tiempo, tienen un creador y un intérprete que las entiende.

Con las huellas los humanos anuncian presencias, muestran caminos, marcan objetos, reciben herencias del pasado y dejan a la posteridad rastros de su existencia personal.

Los objetos inanimados producen huellas de su quietud en el lugar donde permanecen; en cambio, los seres vivos crean señales de sus cambios y movimientos. Muchas de estas huellas son inconsistentes, duran poco tiempo, pronto desaparecen o son reemplazadas por otras.

El tiempo preserva como huellas, enteras o fragmentadas, restos de seres vivos, objetos de uso, ruinas, tesoros y construcciones que testimonian la vida de los seres humanos de antes. Estas huellas identifican y valorizan las vidas pasadas a un punto tal que merecen guardarse en colecciones y museos.

Los expertos descubren en algunos sitios restos de minerales, vegetales, animales y de seres humanos que estuvieron escondidos en las entrañas de la tierra cuando los climas, las aguas y los suelos coincidieron. Esta clase de huellas traen al presente los tiempos más antiguos de la tierra.



109. Los desplatados

Cualquiera, sin importar su lugar de nacimiento, género, raza y edad; belleza o fealdad; grado de educación o cultura; habilidad o posición social, vive muy bien si posee mucho dinero.

El dinero es el termómetro de las desigualdades. Sin dinero los humanos no logran satisfacer necesidades básicas. Sin plata no hay comida ni vestuario; salud ni habitación; no hay educación de calidad; viajes, descansos ni entretenimientos, regalos ni comodidades.

Independientemente del país donde habite, para adquirir lo indispensable, el desplatado lleva una vida de lucha dura y continua.

Los desplatados son presa fácil de las arbitrariedades, injusticias y desprecios de numerosas personas: los políticos y estafadores, los rifadores de suertes y loterías y numerosos patrones, los persiguen y explotan.

Ocasionalmente algunas personas y asociaciones benéficas dan ayudas reales a los pobres para satisfacer las necesidades básicas. En cambio, otros individuos y agrupaciones no ayudan materialmente, sino que tratan de convencer a los pobres para que acepten su precaria situación terrenal como condición para alcanzar una vida satisfactoria cuando lleguen al paraíso celestial.

110. Gentes de pedestal

En plazas, tarimas, auditorios, atrios y en otros grandes espacios, la muchedumbre aplaude agitada y vitorea a los dirigentes, políticos, jefes, presidentes y empresarios. Estas notables personas aman ver manos levantadas y recibir sonrisas, saludos y reverencias.

En los sets televisivos, oficinas, salas y mansiones las cámaras capturan las figuras de dichos personajes, registran sus declaraciones y describen sus valiosas actividades.

En tales escenarios, los grandes del mundo, bien maquillados y protegidos por guardianes, se exhiben en repetitivos espectáculos de apariencias.

Los reverenciados dignatarios se creen revestidos de prestigios ilimitados, portadores de todos los derechos y mercedores de máximos respetos y protocolos. A todos ellos les encanta inmunizarse contra el olvido y recibir honores con textos escritos y grabaciones, efigies, pinturas y placas conmemorativas.

Este tipo de líderes habitualmente erige sus poderes sobre dineros, intrigas e influencias, herencias, negocios y negociados, votos forzados y comprados, amenazas y estafas, expoliaciones y explotaciones.

111. Gregarismos

Los instintos de especie inducen a los animales a vivir en rebaños, cardúmenes, hatos, piaras, jaurías y panales. Los humanos, también por instinto, se juntan en gentíos, muchedumbres, agrupaciones, tropeles, bandas y equipos ocupando calles, playas, estadios, teatros, plazas, iglesias y comercios.

El gregarismo, además de las ansias locas de acudir donde están los otros, lleva a los seres humanos a repetir lo que otros hacen; a vestir, comer y hablar lo mismo; a retransmitir las opiniones y fabulaciones escuchadas agregando o suprimiendo partes en los temas conversados.

En estos últimos tiempos, los seres humanos añaden a las aglomeraciones físicas los encuentros digitales, visuales y sonoros. Las redes sociales atrapan a los que les gusta ser pescados en sus mallas. Los ritmos frenéticos de la época hacen que la gente se aglomere con gusto en las pantallas y se encadene en redes para conocerse, trabajar, rezar, divertirse, estudiar, imitarse, estafarse y amarse.

Sin embargo, el gregarismo virtual no elimina el contacto físico porque los animales humanos tienen que juntarse para hablar, mirarse, olerse, tocarse y reproducirse.

112. Los decadentes

La decadencia es deterioro lento o acelerado, conocido o ignorado, de la calidad de vida.

Son decadentes los humanos que renuncian; los erguidos obligados a inclinarse; los deportistas faranduleros y artistas cuyos cuerpos y talentos disminuyen sin que su mente lo acepte; los ricos y políticos que pierden riqueza y poder; los virtuosos y moralistas derrochadores de su entereza; todos los que infringen sus propias normas de manera controlada o descontrolada.

Son decadentes aquellos humanos que, estando arriba, cometen deslices o aceptan presiones; los relajados con el sentido del tiempo; los extraviados en su altivez y vanidad.

También son decadentes los que después de largos servicios, no reconocen que se están volviendo inútiles; los que, avanzando por un sendero inclinado, pierden sus fuerzas y no intentan detener su caída.

Son decadentes los que llegan al borde del derrumbe y son incapaces de dar un paso más, adelante o hacia atrás, creyendo que aún logran quedarse ahí.

113. El hierro

El cuerpo humano necesita ingerir una cierta clase de hierro para mantener activos su alma y su cuerpo, pero curiosamente, los humanos se valen de otra clase de hierro para destruir el alma y el cuerpo de otros.

Esta clase de hierro ha estado, y lo está aún, ligada a la vida y la muerte, al progreso y al retroceso de la historia de los seres humanos.

En los tiempos antiguos, habiendo conocido y trabajado el bronce, los hombres aprendieron a trabajar el hierro. Con este metal fabricaron utensilios para mejorar la vida y herramientas para realizar los trabajos. Sin embargo, los vapores de la fundición y el colado nublaron las mentes de los hombres que se las ingeniaron para elaborar, también con el hierro, armas y objetos destructores de la vida animal y humana: lanzas, espadas, dagas y cuchillos, hachas, arcos y ballestas, mazos y cañones.

Además de las armas y las armaduras, el hierro también se usó para avasallar los espíritus de los humanos y coartar su libertad, aprisionando los cuerpos mediante cadenas, candados, argollas, cerraduras, rejas, grilletes y jaulas.

114. El soldado

Si vas a ser soldado tendrás que cambiar tu libertad por el sometimiento al mando, y diluir tu individualidad entre la familiaridad de la patrulla.

Mientras seas soldado tienes que uniformar tu cuerpo y, sobre todo, tu mente; trasmutar tu pecho en coraza y calzar tus pies con botas que te lleven a marchar de frente al frente.

Para ser un buen soldado tendrás que vivir bajo reglas impuestas que te distanciarán de la vida civil, tendrás que transformarte en un ser dócil a la voz del comando y someterte a fuertes entrenamientos durante el día y la noche, bajo el sol y el agua.

Para ser soldado de verdad, necesitas olvidar que el miedo es pasajero, que la vida es corta y que, después de muerto, serás quizás un buen recuerdo entre los amigos de milicia, pero solo un nombre en el escalafón militar.

115. Los desaparecidos

Eres un “desaparecido” cuando ya no te encuentras donde deberías y tu localización la ignoran tus parientes y conocidos. Algunos individuos, por decisión personal, desaparecen de su propio lugar para no volver.

A otros seres humanos, animales y objetos los desaparecen catástrofes y fenómenos naturales.

Sin embargo, los muertos por enfermedades, vejez, accidentes, asesinatos, suicidios y homicidios, peleas, atracos, masacres... no son desaparecidos, puesto que se conocen o suponen las causas de sus muertes y los lugares donde quizás se encuentran los cuerpos, si acaso no fueron destruidos.

Existen, por desgracia y vergüenza para el país, numerosos individuos que son objeto de “desaparición forzada y deliberada” practicada por bandidos, agentes estatales, grupos de actores armados y de limpieza social. En este país, cuantiosas familias incluyen uno o más de estos desaparecidos. Las comunidades, etnias y grupos sociales minoritarios denuncian con frecuencia la desaparición de algunos de sus líderes y miembros.

La “desaparición forzada” es especialmente inhumana porque la padecen víctimas y dolientes. Los desaparecidos son generalmente asesinados, pero los dolientes quedan sufriendo una vida marcada y amenazada, en sus mentes y corazones se arremolinan diariamente lamentos, lágrimas, soledades, angustias, tristezas, reclamos, temores y silencios.

